

# ANTOLOGÍA LITERARIA

*Programa Juvenil de Escritura Creativa*

2022



CASA CONTADA  
EDITORIAL

***Antología literaria***  
***Programa Juvenil de Escritura Creativa***

Casa Contada

---

Portada y diagramación: José Tomás Mozó  
Edición: Andrés Montero

---

Proyecto financiado por:







<b>Prólogo. Andrés Montero</b>	7
<b>Taller Escolar</b>	13
Victoria Triviño	14
Antonella Conley	17
Benjamín Rojas	21
Marti Valenzuela Rojas	23
Antonia Zepeda Morales	24
Benjamín Levit	26
Olivier Torres	28
Antonia Améstica	30
Antonia Paiva	33
Rocío Brito	35
<b>Taller Narrativa</b>	39
Diego Juica Tapia	40
Isidora Bello	53
Benjamín Bravo Yusta	56
Iris Luna	58
Pablo Castillo Collao	61
Tomás Benavente	67
Pablo Cartes	69
Ileana M. Cid	73
Verónica Salazar	75
<b>Taller Poesía</b>	83
Luciano Fica Villalobos	84
Carlos Soto Muñoz	88
Danilo Miranda	90
Ana Mora Estrada	92
Carolina L. Coria	94
Jazmín Velásquez	96



**S**uele decirse que escribir es un oficio solitario. Supongamos por un segundo que sea cierto: imaginemos a ese escritor solitario, ese escritor isla que se sienta a hacer lo suyo frente al papel o el computador. ¿Qué puede salir de ahí, si no ha visto a nadie, no ha leído a nadie, no ha tomado un café con nadie, no se ha encontrado con ninguna persona en su inmensa soledad? Y sobre todo, ¿a qué lector puede hablarle?

Lo solitario es meramente el acto de sentarse a escribir. Pero para que ese rito tenga algún fruto tienen que haber pasado muchas cosas antes: conversaciones, encuentros, lecturas, discusiones, debates, intercambio. En una palabra: comunidad. Soy un convencido de que entre más comunidad exista, desde la

más íntima (familiar, de amistades) hasta la más grande (el país, el continente), mejor para la literatura.

En Casa Contada apostamos por hacer comunidad en torno a la literatura y las historias. Hay, por supuesto, muchas otras formas de hacer comunidad, pero esta es la que nos gusta a nosotros. En cada taller, curso o charla buscamos generar un tejido que permee hacia la sociedad. El hilo es la literatura. La aguja es el encuentro. El telar final no se termina de tejer nunca, pero va creciendo, poco a poco, dibujando espacios, entendimiento, a veces felicidad.

Cuando se asume el de escribir como el oficio al que queremos dedicarle nuestra vida, los encuentros se hacen más frecuentes; tal vez ahí, y no solo en la experiencia, radica el hecho de que, en general, la pluma mejore con el paso de los años. ¿Pero por qué esperar a ese momento? ¿No podemos generar esos lazos, ese intercambio, desde mucho antes, cuando escribir no es más que una idea, un hobby, una pasión secreta y casi nunca acompañada?

El Programa Juvenil de Escritura Creativa nace como una respuesta a esta inquietud. Busca que jóvenes de todo Chile puedan encontrarse en la literatura, aprender de escritores y escritoras que ya han empezado a recorrer ese camino, y sobre todo, reunirse con otros jóvenes que tienen las mismas inquietudes. Acelerar el encuentro. Hacer comunidad. Para que las nuevas plumas chilenas se formen en compañía de otros y otras, para que ese encuentro e

intercambio redunde en sus textos. Para que escribir, sobre todo al principio, no sea un oficio solitario.

Durante todo el año 2022, una cuarentena de jóvenes residentes en Chile pudieron cursar, de manera online y gratuita, este programa, con una mayoría de personas residentes en regiones. Fue necesario hacer una selección de los candidatos y candidatas, elegidos por su entusiasmo y su talento literario. Así se conformaron los tres talleres ejes del programa: el de narrativa (dirigido en el primer semestre por Lorena Díaz y en el segundo semestre por Nicolás Cruz); el de poesía (con Lucas Costa y luego Paula Ilabaca); y el taller escolar, que tuvo una edición en el primer semestre y otra, con nuevos alumnos y alumnas, en el segundo (ambos dirigidos por Alex Saldías). Además, los estudiantes pudieron participar de charlas con reconocidos escritores y editores como Simón Ergas, Andrea Palet, Catalina Infante y Diego del Pozo; estuvieron en talleres breves de novela, crónica, décima y autobiografía con Montserrat Martorell, Richard Sandoval, Isidora Sánchez y Ana Cruz; y recibieron la visita de poetas y autores como Carlos Cociña, Julieta Marchant, Galo Ghigliotto y Pía Barros, con quienes pudieron hablar de algunos de sus libros y del oficio.

En la presente antología, los participantes del programa han escogido algunos textos escritos durante el programa para compartir con la comunidad.

Porque finalmente se trata de eso: de compartir, de aprender y de generar un movimiento literario nacional que se pregunte una y otra vez por sus caminos, haciendo un espiral de creatividad y de motivos.

No podemos dejar de agradecer al Fondo del Libro y la Lectura, que en su convocatoria 2022 otorgó los fondos que permitieron el desarrollo de este programa.

También a nuestras profesoras y profesores, que dedicaron su tiempo y entusiasmo con tanto cariño y motivación.

A Carlo Paolinelli y Vanessa González, coordinadores de programa en el primer y segundo semestre, respectivamente.

Y sobre todo, a todas las jóvenes autoras y autores que quisieron ser parte de este programa, de este encuentro de un año. Esperamos de todo corazón que lo hayan disfrutado y aprovechado al máximo.

Porque no: escribir no es un oficio solitario.

O al menos, puede no serlo. Esta antología es una muestra de ello.

---

**Andrés Montero**

Director Casa Contada





# ***Taller escolar***



Profesor: Alex Saldías

Victoria Triviño

## *Tengo cicatrices tabúes en el cuerpo*

Existen esas cicatrices de las que puedes hablar. Como aquella que te hiciste a los seis años en la rodilla al intentar andar en bicicleta, y que enseñas en forma anecdótica a tus primos en las cenas familiares. O como la otra cicatriz en tu codo, provocada por una triste caída por las escaleras de tu casa, que les muestras a tus amigos por mera casualidad.

Hay cicatrices de las que puedo reírme enseñarlas, explicarlas y hablarlas.

Sin embargo, hay otras...

Escondidas bajo las luces, bajo mis mangas de invierno eterno, bajo mentiras o bajo falso bienestar emocional.

Tengo aquellas bailando en mis brazos.

De vez en cuando las miro, me pregunto el porqué, y trato de pedirles perdón. A veces les lloro, porque no soy capaz de dejarlas reposar y descansar. Hay otros días, en esos que recibo mucho amor, que las tomo en brazos y las remojó en agua tibia, para que la sangre seca deje de coexistir con ellas.

—Me haré cargo de ustedes.

Les prometo mil cosas. Mi boca no deja de expandir mariposas en serie, con cada una de mis palabras.

Supongo que no hay decepción más grande para ellas que ver cómo las hago llorar otra vez. No importa si han pasado días, meses o años, siempre vuelven a llorarme, a preguntarme ahogadas las razones. Aquellos cuestionamientos son lo que hielan mi sangre, porque no hay razón clara. Mis respuestas a sus preguntas

son nebulosas, mis recuerdos son difusos y mi cuidado lo tengo cada vez más abandonado. ¿Qué más puedo hacer? No estoy recibiendo la atención médica que necesito.

Ahora mismo los mayores problemas que arrebatan mi cabeza no son esos, sino las preguntas de entes externos a mi cuerpo, que se topan con lo que no deberían toparse, por un simple descuido mío. No hay cómo pedir perdón a quiénes se han topado con la mierda, ni tampoco cómo responder.

Me había levantado, en una casa ajena, sin embargo, extrañamente conocida. No tenía el calor perruno arropándome en la mañana, ni tampoco el ruido característico de los autos pasando por fuera de la puerta. Sólo encontraba una cruel paz por dónde me paraba a escuchar. A pesar de que todos estaban levantados, ninguno hablaba. Cada uno encerrado en su mundo, trabajando, leyendo, compartiendo sutiles sonrisas. Y una pequeña, girando de aquí para allá, haciendo y no haciendo cosas, con una sonrisa inocente, casi nostálgica.

No me gustan estos limbos.

Odio la paz, también su sonrisa de pequeña que provoca mis pocas ganas de irme otra vez. Odio también esos ojos adultos, que envuelven mi cuerpo de un cariño extraño, exiliado. Esos ojos que generan en mi corazón una envidia de no tenerlos todos los días, mirándome como lo estaban haciendo en ese momento.

—¿Qué son esas? —me pregunta una suave voz, una que reconozco muy bien y una que adoro con todo mi corazón.

Por un momento olvidé que los niños son la cosa más observadora del mundo. Miré mis brazos expuestos, a punto de lavar los platos para el desayuno.

¿Qué debería decirle? ¿La verdad?

¿Es que siquiera tengo una verdad que decir?

—Oh, esto fue un accidente.

—¿Y cómo te las hiciste? ¿Fue de la misma forma que las otras? No recuerdo cómo había escapado la vez anterior de esta red de preguntas.

Mi cerebro sólo podía pensar en cómo lo había hecho antes, pero nada surgía. Sólo súplicas de que aquello terminara pronto, que no llegase nadie y me mirara de una forma que me hiciera sentir culpable, pequeña.

—Es una larga historia que te contaré más adelante.

Entregué una de las miradas más dulces que podía en ese momento.

Sería bueno que los niños olvidaran.

### ***Pedazo de tiempo***

Tomé este pedazo de tiempo para perderlo en algo, sin embargo, ¿Qué puedo decir?

Mañana, al igual que todos los días debo levantarme, cosa que no disfruto mucho. Jugaré con mis pensamientos. Los tomaré con mis dedos y los extenderé como un juego de niño, luego los apretujaré, convirtiéndolos en una masa compacta, sin fondo ni forma.

Soplaré y resoplaré los suspiros de mi impaciencia, hasta que decidirá, finalmente que ha sido suficiente.

Me levantaré de la cama, lentamente, con la espalda encorvada, sintiendo la textura, lentamente, de las sábanas que tengo

pendiente de cambiar.

Sufriré al levantarme con los mareos que aquejo. Sentiré mis piernas débiles y me culparé durante unos cinco minutos de mi salud y de la manía que tengo de posponer las cosas.

Caminaré al escritorio con el frío en los huesos, sintiendo con mis pies descalzos, los besos del invierno. Anotaré una o dos cosas que debo tener en mente durante el día dentro de mi cabeza.

Y de repente, querré escribir.

Me ahogará la sensación de escribir de todo y por todo. Romantizar los besos de despedida, los amaneceres lluviosos, mi propio despertar a una nueva oportunidad (esa que no quiero, sin embargo, es un secreto).

.....

Antonella Conley

***Fotos dixit***

¿El mundo me da una mano?

No, nunca lo ha hecho

el mundo me hizo sentir que todo era en vano

veo el futuro tan lejano

y el presente tan deshecho.

Siento un agujero en el pecho

el mundo es tan extraño

jamás lo tendré en mi mano

no tendré el poder y soy humana.

No podría sostenerlo, ver cómo se desmorona y no hacer nada  
preferiría cortarme la mano antes de darle una envenenada.

Soy lo que escribo  
más que escribir lo que soy  
como una persona de papel andante  
que con cada sentimiento llena por sí sola una hoja  
y queda ahí, impregnada en mí.

Pero a veces, sólo a veces,  
boto algunas hojas  
para pasar la página  
porque causa más dolor que aprendizaje  
Cada que me miro tengo algo nuevo escrito,  
y cada vez que hay un fuerte viento me vuelo y no sé dónde estoy  
olvido y se me pierden cosas que escribí  
y al llorar arruino más de mis hojas  
desearía no llorar tanto  
no volar tanto  
no ser tan ligera y sensible  
pero hay tanta gente de piedra  
que a veces lo agradezco.

### ***RMI: Rubia Maldita Insoportable***

ruge ruidosamente mientras grita  
rabia rencor grita con dolor  
Ricardo dice que es puro show  
rubio pelo negra raíz

rompe la tranquilidad  
ríe, ronca, ruega

malcriada mujer mañosa  
martilla mi cabeza  
maldice en voz alta  
maliciosa con mal humor  
mancha vidas y mente  
me cae mal mujer maldita

insoportable irrespetuosa  
insignificante e intensa  
interviene e interrumpe cada que puede  
invade tu espacio personal  
incapaz de guardar silencio  
irónicamente pide callar

rara rubia  
mujer maldita  
incallable insoportable

## ***Intertextualidad y yo***

morena y pequeña  
de chica me decían brasileña  
ahora me dicen gitana, turca  
todos me dicen que cambio

de forma buena al menos  
que soy más madura o que mi pelo está más largo  
que mis ojos están más rasgados y que mi voz es más segura  
pero yo me siento igual cada que despierto  
sin poder pararme de la cama  
por el peso de mi espalda de cucaracha  
morena y pequeña  
asusto y me aplastan  
da lo mismo de dónde soy  
no me quieren ahí  
así que por más cumplidos que reciba  
sé que en el fondo me quieren aplastar  
por más que aprecian mis cambios  
si un día despierto como cucaracha  
igual de morena y pequeña  
me desconocerán  
me aplastarán  
no les importará que tan madura sea o que tan segura hable, no  
me querrán escuchar  
no me querrán mirar a los ojos y mi pelo asco les dará  
ojalá me vieran así desde ya  
para ahorrarme cumplidos que llegan solo con el objetivo de  
conseguir algo  
para escabullirme entre las sábanas de esas personas y reír ante  
sus gritos  
sus gritos por la asquerosa fea repugnante y kafkiana cucaracha  
morena y pequeña

Benjamín Rojas

## ***Ciclos***

En algún momento tuve padre, padre que no tuvo padre. Mi padre tuvo ausencia, yo también, pero sí que tuve padre. Hoy volví a verlo, después de bastante tiempo. Nos saludamos, me preguntó qué era de mi madre, de mis hermanos, cómo me estaba yendo en el colegio y si mantenía las notas. Al final me estiró la mano, me dio un intento de abrazo y siguió caminando por la calle recta, caminaba igual a mí o yo caminaba igual a él.

Sería injusto decir que nunca tuve padre, aunque siempre lo decía cuando alguien me preguntaba por qué mi madre jugaba a la pelota conmigo en la calle y hacía ciertas cosas que correspondían a la figura paterna. Mi padre había estado, pero se había ido. No lo recuerdo en la casa, pero sí fuera de ella, con una botella en la mano, una piedra en la otra y gritando el nombre de mi mamá seguido de un “déjame volver mierda”. Durante mi infancia y adolescencia relacioné a mi padre con una sensación de angustia, de miedo, sensación que sentíamos todos en la casa cuando se escuchaba la primera piedra en el techo en medio de la noche y empezaban los gritos.

Cuándo nos va a dejar tranquilos este viejo de mierda... –decía mi mamá con la misma desesperación de la última vez, tirada en el piso, abrazando a mi hermano o tapando sus oídos.

Los vecinos se sabían de memoria el acto. Empezaban a prender las luces cuando se escuchaba el primer grito. Generalmente eran tres, un piedrazo en la ventana y la sirena de los carabineros que desde lejos nos tranquilizaba.

No sé cuándo fue, pero dejó de aparecer.

Decían en la población que había caído preso. Crecí con una vergüenza heredada. Era el hijo del alcohólico de la población, del que dormía afuera de la botillería. Siempre tuve mucho rencor, lo almacené durante años. La infancia es corta, se desmorona rápidamente. Empiezan pronto los descubrimientos y aflicciones. No sé si tuve infancia, tampoco estoy seguro de haber tenido padre.

A los diecisiete años volví a verlo. Por muchos años pensé en qué le diría si eso pasaba. Cuando era chico, pensaba que, si lo veía de nuevo, le aforraría un combo en el hocico, él caería al piso, y le daría una patada en la guata. El lugar donde iba a ser la patada cambiaba dependiendo de la rabia que tuviera. Después, cuando tenía catorce o quince años, pensaba que le pediría explicaciones. Dónde había estado, por qué se había ido, cuánto le importábamos. No me surgieron ninguno de los dos planes cuando tuve a mi padre al frente. Solo nos saludamos y respondí con dos o tres palabras cada una de sus preguntas. Me detuve a mirarlo entremedio de cada palabra. No me acordaba de todas sus facciones. No había envejecido tanto. Me parecía más a él de lo que me acordaba y de lo que me decía mi madre. Tenía sus ojos, sus mejillas y la misma frente que termina en dos entradas. No pude seguir caminando luego de que se despidiera. No sabía qué sentía, tal vez no sentía nada, la mezcla de sentimientos es muy parecida a no sentir nada.

Me quedé sentado en un paradero hasta que se hizo de noche. Pensé mucho mientras miraba fijamente el techo del paradero del frente. Pensé que quizás lo que más me había dolido había

sido mentirle cuando me preguntó cómo me estaba yendo en el colegio. Le dije que bien, que no había bajado las notas. La verdad era que me había salido del colegio. Mi polola había quedado embarazada, y me había puesto a trabajar. Tenía miedo, no sabía cómo ser padre. Nunca había tenido esa figura. Tampoco le podría haber preguntado, intuyo que él tampoco sabía.

Mi hijo nacerá esta semana. Yo comenzaré a ser padre. Ser padre es seguir el patrón. No creo que sea tan difícil, aunque no haya espacio para errores.

Cuando fue de noche me levanté del paradero, había que seguir. Me tocaba el turno de noche. Había conseguido trabajo en un supermercado que estaba al lado de la población. Miré el celular, era tarde para ir, preferí darme la vuelta y pasar a la botillería.

.....

Marti Valenzuela Rojas

***Canto a la luna***

Las nubes abrazando a luna

La noche se perfuma

Una noche solitaria

Pero una noche necesaria

Lloro por recordar, pero no de tristeza

Sino que de felicidad de haberlo vivido

La noche me muestra su máxima belleza

Al verla todo tiene sentido

¿Tiene sentido la vida?  
Realmente no, pero qué tiene  
Sé feliz contigo mismo, eso es verdadera paz  
Hoy soy una persona desconocida  
Seguramente mi yo de antes me teme  
Sé feliz y no tendrás que escapar.

---

Antonia Zepeda Morales

***Amor post mortem***

Al mirarte a los ojos lo supe, supe que tú y yo estábamos hechos el uno para el otro, tu linda sonrisa me cautivó desde el primer momento, aunque el mundo me alejaba de ti yo lo supe tú eras para mí, no te dejaría ir tan fácilmente, qué bello es amar, y en especial qué bello es amarte, lucharía por nuestro bello amor, más si a la persona que amo eres tú, que linda la vida, eres mi adicción. Nunca pensé que terminaríamos así, antes estábamos juntos y más fuertes que nunca sin permitir a nadie que molestara nuestro bello amor. Nuestro amor traspasó fronteras, incluso traspasó la muerte. Mi querido amor, me has dejado, que haré yo sin tu presencia, hay una barrera que no me permite llegar a tu encuentro mi amado, nuestra pequeña semilla me necesita, debo resistir. Es mi nueva realidad, dolorosa, pero verdadera, formamos algo hermoso y creamos a un testigo de nuestro bello amor. Mi vida mi corazón se destruyó al momento de tu partida. Reclamé a la vida, cuestioné a Dios, lloré, grité y el dolor aún no se calmaba.

Te extraño mi vida, aún recuerdo el día que te convertiste en ángel, que cruel castigo.

Creí que no me levantaría, pero un pequeño se empezó a mover en mi barriga

Mi pequeño niño, nuestro niño, me devolvió la vida, dolorosa sin ti, pero siempre permanecerás en mi alma.

### *El trofeo*

Era un día tranquilo para Joaquín. Se encontraba en su casa con su mejor amigo, Steve. Estaban conversando de su pasión, que para ambos era la música. Joaquín componía canciones a diario, era algo que le resultaba muy fácil.

Los chicos subieron al segundo piso, en el pasillo se encontraba un lindo trofeo que ganó Joaquín en una audición de canto. Fue el primero de muchos más, por ende, el más especial.

Como de costumbre, Joaquín ayudaba a Steve con las canciones. Tenía fácilmente cinco cuadernos completos con letras y melodías que eran bastante buenas. El futuro de Joaquín era muy prometedor. Sin embargo, no se podía decir lo mismo de Steve.

El día se les hizo noche y Joaquín le dijo a Steve que se quedara en la casa, que era muy peligroso que se fuera solo a la suya. Steve acepto encantado. Joaquín no sospechaba absolutamente nada.

A media noche, Joaquín se despertó por unos ruidos que provenían desde el primer piso. Al no ver a Steve se preocupó y decidió bajar, pero al hacerlo no encontró a nadie, hasta que de repente

pudo ver el reflejo de su amigo en uno de los ventanales del comedor: Steve tenía un cuchillo en su mano.

Joaquín quedó espantado y logró esquivar el primer movimiento que hizo Steve con el cuchillo, corrió hacia las escaleras y se escondió en un armario, no sin antes tomar algo para defenderse. Se escuchaban los pasos de Steve. Joaquín salió de su escondite y sin pensarlo lo golpeó en la espalda con su amado trofeo de su primer logro en el canto.

.....

Benjamín Levit

***Haikus***

El gran samurái  
sangra en la nieve.  
Ya ha caído

En primavera  
sin ninguna sospecha  
de su amante

Ya ha pasado  
un solsticio de día.  
Ella sin saber.

Caen las hojas  
el muerto ya se pudre.  
Ella tranquila,

Ella tranquila.  
Aunque se lo dijeron  
no lo acepta

### ***Wendigo, hijo de tabú***

Hijo y padre, cazando perdidos.  
Sin presas que comer en ese bosque.  
El padre rogó al hijo pobre:  
no sucumbas al canibalismo.

Pero el hambre, en él, prevaleció.  
Miedo a la muerte el joven tuvo.  
Cuando comió, dominado estuvo.  
En un Wendigo el hijo convirtió.

De esa nieve, el ente escapó.  
Monstruo terrible, arrasó con todo.  
Debía, su gente, cruelmente matarlo.

La tribu, al Wendigo, por fin atrapó.  
Frío corazón, sacaron del ogro.  
Se terminó, el órgano quemaron.

Olivier Torres

**ADN**

amparos, dolores, matices  
amar duele, más  
alusiones de nada  
arriba  
dureza,  
narcisismo  
amores duros narcisos  
alcance duradero negligente  
alcohol desafiante nulo  
analgésico dogmático natural  
aguanté dardos necios  
al deliberar Napoleón  
arremete dentro  
narciso.  
alabanza, democracia, nexo  
al disparo negro  
ah, dualidad nocturna  
abrazos, duelos, noches  
alcalde. débil.  
neumonía  
acostumbrado de neblina,  
arriba dogma nefasto  
abajo decapitación nociva  
abrazos. dedos nucleares  
alusión,

decrépito,  
navaja.  
amarradas dentro, naufragan.  
amargos dedales nauseabundos  
amigo después neuropsiquiatra  
atormentado, decorativo, neto  
aterrado dentro nuevamente  
A D N  
ácido desoxirribonucleico  
a donde nací

### ***Prueba sobre “L’ Albatros” de Baudelaire***

Usted tiene que responder Verdadero o Falso, sin necesidad de explicar su respuesta.

1. En el poema “L’albatros” se puede ver cómo el poeta refleja su posición como marginado en la figura del Albatros y representa lo que los artistas simbolizamos para el mundo: que no somos más que habla y no sirve, o que si hablamos y no les gusta lo que decimos, ¿les da el derecho de censurarnos y castigarnos? Que no somos más que este vil animal que la sociedad odia, entonces su grandeza se vuelve un peso y no lo deja ser libre, sin mencionar los prejuicios que lo rodean y la humillación y la sociedad y la desesperación y la presión familiar y económica y las ganas de ser alguien en la vida. Me siento el rey del mundo pero sin nadie que me entienda. Baudelaire logró expresar todo lo que tenemos para decir los artistas de nuestra condición marginal.

VERDADERO O FALSO

2. En la última estrofa, ¿hay una comparación y una alegoría?

VERDADERO O FALSO

.....

Antonia Améstica  
*La felicidad*

La felicidad, la felicidad está en acostarme calentita. Parece que la felicidad tiene relación directa con el calor. Siempre estoy buscándola, como Will Smith. La felicidad estaba en sus brazos. Aunque yo me acuerde de ella como un ciego recuerda la luz, sé muy bien que felicidad no es estar contenta. Siempre la miro por mi espejo retrovisor empañado, ahora la pongo en mis manos. Aquí está, tengo la felicidad en mis piernas y no tengo ningún deseo de profanarla. La encontré, ahora me cubre todo el cuerpo, viva Chile, viva Cuba. Soy feliz ahora mismo, la felicidad la encuentro sumergida entre las letras y el humo y cuando el ron vuelve toda noche magnánima. La tengo aquí pero no la puedo nombrar, me falta talento para explicar lo que algún pintor cubista decía que era el argumento más importante en el arte. Ahora estoy feliz, estoy exultante, mi piel mana efluvios de júbilo. El amor, ahora entiendo a Drexler, ahora entiendo a los hippies, ¡qué Alejandra Pizarnik! ¡Reniego de Lautreamont!. Estoy en el lugar más alejado de la sala de psicopatología, no sé qué me pasa, Walt Whitman me ha poseído. Creo que se metió dentro mío el viejo, a través de la lágrima que boté escuchando su poema.

## *Soneto*

Hay que vivir la sombra como un fruto,  
leer, escribir y amar en exceso  
tratando de alivianar el peso  
del dolor, intolerable y absoluto

como un viento cargado de lamentos  
Y pensamientos  
oscuros,

la garúa se acentúa con sus púas  
y me siento triste y sombría,  
frente a un librito tísico  
y con faltas de ortografía

Digo, con afán de lisonjera  
De perro que lame su herida  
Que la chispa de la vida  
No incendiará jamás la pradera

Se derriten los hielos  
Se caen los pelos  
Se acaba la ética  
Se acaba la épica

La paloma se equivoca  
Se equivoca la polilla



## Antonia Paiva

Y que nadie diga que la justicia es tal,  
Pues la justicia no es justicia si no es divina,  
Y que las blasfemias terrenales que la intentan imitar,  
Que osan asemejar sus modelos vacíos,  
Carentes de figura y de nombre,  
De presentación y veracidad,  
A los de entes superiores y perfectos que todo arriesgaron,  
Sepan, que sus palabras se estancan en la avaricia,  
Y que sus dictámenes caprichosos no tienen más peso que el de  
una triste pluma en la noche.  
Y que caigan, caigan en la más profunda de las miserias,  
Y dejaos guiar por el único aquel que no miente,  
Cuya voluntad es voluntad y no se pierde en la palabra,  
Aquel al que no se engaña,  
Y veamos con cuanta "justicia" podéis llenar vuestros tristes bol-  
sos de terciopelo rojo  
Y cuanta "justicia" podréis comprar.

Mírala, temblorosa y asustada,  
Frágil, el futuro asecha.  
Aferrada de una reciente convicción,  
Y de una pequeña esperanza alentadora.  
Tantas imágenes en blanco, de las que no puedo diferir,  
De las que la realidad es inverosímil, y confusa,  
Danzan y se esconden en la memoria.

Una memoria perdida,  
¿Por qué?  
Incluso si no estoy aquí,  
No danzan conmigo.  
Pero ella no es así,  
Puedo verla en una nitidez escalofriante,  
Un lugar donde los olores y sonidos me vienen,  
Donde parece que las reglas del tiempo son ultrajadas,  
Y me siento en paz.  
Gracias a ella,  
El viento en su rostro,  
Que entumecía sus sentidos  
Pero animaba su alma,  
Y alimentaba su inocencia,  
Se unen en un bello recuerdo que yace en mí.  
Mírala, temblorosa y asustada,  
Frágil, el futuro asecha.  
Aferrada de una reciente convicción,  
Y de una pequeña esperanza alentadora.  
Ha envejecido, es verdad,  
Pero el tiempo no ha pasado,  
Aún la recuerdo, aún la extraño.

Vive, porque no puede dejar de hacerlo,  
Hace, porque se pierde en el intentar.  
Desde la A hasta la Z,  
Ni una letra le falta,  
No hay un número que se le escape,

Ni un sonido que no oiga.  
Desea lo que no tuvo,  
Y tiene siempre lo que desea.  
Síguela si quieres ganar,  
Que en la vida no se pierde,  
Acaríciala la mano con cuidado,  
Que se nos quiebra por detrás.  
Destaca porque se le enseñó a jamás fallar,  
Aplica porque la teoría le queda corta,  
Y si sufre jamás lo verás,  
Porque el orgullo siempre aporta,  
Y no se debe de ir hacia atrás.

.....

Rocío Brito

***Mujer canela***

La mujer es una pisca de canela.  
Se encuentra en ramas  
la vuelven polvo  
un soplido la deja arrastrar.  
Si la pasas en mano te pinta.  
Estaba en la avena que me preparaba mi mamá  
una pisca que daba el sabor indicado  
No muy abundante, que pica la garganta, ni muy pequeña para  
no poder sentirla  
Debe tener ese toque naturalmente virgen y prohibido  
Regada como decoración en los bordes de los platos

Para que nazcan higos  
Parte de la presentación del platillo principal  
No se puede apreciar sola  
Impune queda el que la pruebe ingenuo  
Se abren sobres enteros y se usa poco  
Juzgado es el loco al que le gusta  
Mezcladas son las que decidieron quererse  
Olvidadas briznas en embocadura permanente  
Todo era sal.

### *¿Qué es la felicidad?*

Tener un suave contento interior  
Regalo mi llanto al deseo  
No soy otra más que yo  
Existo en paz humana  
No tengo picor para rasgar  
cuestiono vivir y vivo  
Amo para nacer o morir  
Mírenme los astros desnuda  
Soy quien quiero.

### *Soy mujer de tren*

Seré la mente de un tren de carga  
Donde sus manos son el desquite eléctrico de las vías

Los callos, una prueba de años de funcionamiento  
Las tetas son dos paradas, Macondo y Montecristo.  
El conductor es la mujer curva de carne  
La cual el viento tiñó sus cabellos de café  
Sus latidos retumban su sistema virgen  
Pulsando para intentar resonar con otros pasajeros.  
Tal vez por eso es más ventajoso viajar en tren.



# ***Taller narrativa***



Profesores: Lorena Díaz  
y Nicolás Cruz

Diego Juica Tapia  
***¿A dónde van?***

El sentido es algo arbitrario, tramposo.  
Como el sentido de las calles o la fuerza de gravedad  
que decide hacia dónde viajan los ríos.

Tenemos Explosivos, Velorio pal angelito.

Parecía —todo me parece: siempre digo que parece o parecía—  
tan insólito como un marcapáginas con el anuncio de una empre-  
sa de lentes ópticos en la caja de pago de una librería, la historia  
que les relataré a continuación. Se trata de un teólogo, aunque en  
la villa todos lo llamaban El Curita Nuestro. Pero aquí me la vengo  
a jugar porque en adelante se le recuerde como un teólogo. ¿Qué  
es un teólogo sino el partícipe de la disciplina más hermosa y  
anárquica que existe? ¿Qué es la teología sino cuestionar a Dios?  
Ser un teólogo, sin más, es estar con un pie dentro y otro fuera de  
todo orden de cosas.

El teólogo se dirigía hacia mí con el ceño fruncido. Era de noche  
y hacía frío. Juan Carlos —el indigente de la esquina— recién  
me había pedido alguna moneda si es que tenía de casualidad  
un rato antes. Le dije que no. En el verano le llevo botellas con  
agua y en invierno sopapillas: nunca tan charcha. Pero no me  
gustaba darle plata. Pensaba que se compraría drogas o alcohol.  
No darle ninguna moneda para que lo hiciera constituía mi único

aporte, aparte de una escasa prestada de oído de vez en cuando. Creía que un aporte así era suficiente: una señal que solo en la sobriedad iba a ser capaz de captar; una señal tal como la del marcapáginas que traía el anuncio que ofertaba lentes ópticos: ¿qué puede ser ese anuncio sino una señal, una advertencia?: me parece que nos estamos quedando ciegos cuando queremos ser clarividentes, tal como me pasó a mí con el consumo de Juan Carlos, que a su vez, concebía como la causa de su vida infausta. Pero no era eso. O al menos no solo eso, ahora pienso. Me parece que tienen que ver, pero no de manera necesaria, quizás, aunque mucho tuvo que ver con mi parecer actual el actuar del teólogo, que esa noche pasaba frente a Juan Carlos con su parka vieja, con hoyos —algunos hoyos pequeños con plumas fuera de la tela morada, que me imagino o me parece que la había dejado tirada en algún lado una hippie tipo outdoor, defensora del medioambiente y la biodiversidad, que paseaba vestida de pato y calzando bototos Lippi. ¿A usted no le da frío? Sí, pero él también tenía. Pero a él se le pasa con un copete. ¡Mish! A mí también, fijatè —me dijo fijatè: ese fijatè que siempre me ha parecido afrancesado, aunque no sé cómo se ocupan las tildes al revés, ni hablo nada de francés: solo pienso, a modo de caricatura, en fruncir la boquita, pegar un poco los dientes y en hacer una gárgara de ser necesario. En una de esas, por ser de Villa Francia, algún resabio me quedó colgando en el inconsciente, como al teólogo le quedaron colgando los mocos al otro día —me imaginé en ese momento— no por llanto, sino por el resfriado. El indicio: los dedos de los pies morados por el frío por las descuidadas chalas que llevaba puestas que, según miré en

ese minuto —y supe después por testimonio de quienes lo conocían—, se las había hecho a mano con caucho de neumático y alambre de ferretería: doble caucho en la suela y pequeñas láminas que recubrían el alambre. Cuando se acercó a mí, estaba sin la parka. La razón, una escena memorable: se acercó a Juan Carlos; el teólogo le hizo que no con la cabeza, pero con una sonrisa luminosa —había dejado el ceño fruncido en suspensión—; le preguntó algo a Juan Carlos con la misma sonrisa —me parece que le preguntó por los gestos de sus manos: blandió su mano con la palma hacia arriba—; Juan Carlos le dijo que sí con la cabeza y el teólogo se sacó la parka y se la pasó a Juan Carlos —que en ese momento no sabía su nombre—, pero el teólogo, cuando ya estaba al lado mío —con el ceño fruncido nuevamente—, me dijo:

—Qué buen tipo Juan Carlos. Muy sabio.

—¿En serio? A veces lo escucho delirar.

Le dije, y recordé que una vez que iba al paradero y Juan Carlos, en su cama —tenía un colchón pegado al muro de un taller mecánico—, con las piernas encogidas y una botella de Coca Cola entre las manos —parecía un niño tomando de una mamadera con las piernas encogidas— que en vez de tener Coca Cola, tenía un líquido amarillo dentro.

Ya está ebrio, pensé. Me miró y le levanté la mano en señal de saludo. Zarrapastroso y harapiento, tosía cada tres palabras y parecía que su barba hablara:

—¿Cachaste? Pasan todos pa' allá y no hay nada que hacer si todos van pa' allá, cómo no paran de ir pa' allá, cómo no ves que van solo pa' allá y nada más; a ver, cruza la calle y mira: vas a ver que todos

van pa' allá de todas maneras ¿no tiene una monedita, vecino?  
Le dije que no tenía ninguna. No lo pesqué, en realidad. Los transeúntes y los autos pasaban normalmente. Bueno, hasta luego, de ahí veo.

—Lo veo molesto, ¿pasó algo?

—Vamos a tomarnos un vinito. Yo invito.

Dijo el teólogo que parecía transformarse al evocar al interlocutor con su sonrisita litúrgica y angelical.

Lo acompañé a su casa. Era de esas que sin estufa, ni nada, aun así están calientitas. Las luces amarillentas le daban un aire tranquilo. Tenía un librero grande que ocupaba toda la pared y parte importante del porcentaje que compone su casa. Yo creía que vería solo libros con recopilaciones bíblicas, pero no: Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Enrique Dussel y Franz Hinkelammert eran de los libros que más se repetían. Tenía algunos de Rubén Dri, también, que hace poco había hecho mierda a un científico neopositivista y ateo en un debate que se llevó a cabo en la televisión argentina.

Usted debe saber mucho, pensé en decirle. Pero como si leyera mis pensamientos me comentó:

—Los libros no dicen nada respecto al saber. Nadie se ha leído todo su librero y mucho menos ha creído todo lo que ha leído.

—Le creo.

Contesté, y soltó una risa breve y me trajo una copa —hoy te dejaré tomar en mi copa regalona— descorchó el vino y me sirvió. Cuando me lo llevé a la boca me dijo que no: que le diera un rato para que se airee. Toma asiento.

—Creo que Juan Carlos está en las últimas. Tose mucho, tiene frío...

—Qué le vamos a hacer, si no cuida su salud.

—Así es la pobreza. Sucia, hedionda. Una pena.

—¿Cómo dice eso? Mi familia nunca ha sido de plata, pero siempre hemos sido limpios.

—¿Entonces la pobreza y la suciedad no tienen nada que ver?

—Por supuesto que no.

—Yo creo que sí. Ser pobre es ser sucio y hediondo. Imagínate que en los campamentos no hay cañerías: tienen que hacer caca y pichí en un hoyo; el agua es escasa, entonces no se pueden bañar siempre. El problema no es ser hediondo, es ser pobre: por eso hay que acabar con la pobreza.

Dijo el teólogo y se mandó de un trago el concho que le quedaba. Sirvió otra copa para cada uno.

Pensaba en Juan Carlos, que a veces los del taller mecánico le botaban su colchón mientras él se iba a comprar un copete después de recolectar algunas monedas en el semáforo de la avenida.

—Prefiero cruzar hasta la mitad y pedir de este lado. Aquí van todos para el otro lado, pero es cosa de cruzar hasta allá y darse cuenta que van para allá, porque nunca me dan una moneda ¿no tiene una, vecino?

Dijo Juan Carlos y su aliento estaba fétido. Lo ignoré. Pero ahora lo huelo. Miserable, dije. ¿Cómo se puede elegir la miseria? Me pregunté. Y el teólogo nuevamente me leyó los pensamientos:

—Bueno. El pobre es libre. El miserable no. Con lo que hay que acabar es con la miseria.

—¿A dónde va con eso?

—Yo soy pobre. Juan Carlos, miserable.

—¿Y yo qué soy?

—¿A dónde vas con eso?

No supe qué responder y me di cuenta que se había acabado el vino. El último que me quedaba. No se preocupe.

No suelo tomar. Con las tres copas que alcanzaron para cada uno me bastó para quedar tocado —¿por quién? ¿Por Dios?—. El teólogo daba vuelta todo lo que pensaba: en suma, relacionarme con él me estaba saliendo caro en autoestima y ya no aguantaba que su socarronería se vistiera de alma caritativa; no soportaba su sonrisita de avispa. Aun así, no tenía cómo rebatirle, y el toque de una borrachera en potencia —que me parece lo más desmoralizante que existe— hacía que proseguir la conversación con él se tornaría pesado, angustioso, epifánico, dulce, agrio, incómodo. Vaya a saber uno qué más.

—¿Y qué ha hecho la iglesia con los pobres?

—Los produce. O sea, no. Se han enriquecido mucho. Ostentan poder a través del dinero.

—¿No le parece sádico y horrible?

—¿Qué cosa?

—Que produzca pobres y se enriquezca.

—No.

Dijo el teólogo, tajante. A esas alturas ya no sabía si era buena o mala señal y esperé a que justificara su respuesta:

—Que la iglesia se enriquezca para ostentar poder es absurdo, anticristiano. Pero producir pobres es su función. Producir pobres es lo que debería.

—No sé cómo puede decir eso...

—Pero si te acabo de decir: yo soy pobre.

—Pero no es miserable... ahora entiendo.

—¿Ves?

A pesar de que lo entendí, me seguía angustiando el no poder pillarlo: tornaba los ojos de un lado a otro, movía el pie — a un ritmo constante, casi de modo automático— y se me hacía eterno el momento previo a responder. Mi inteligencia estaba deshecha, en algún momento incluso creí que se reía de mí, que disfrutaba darme clases, mi nerviosismo; también me parecía que le molestaba un poco que le rebatiera. Que qué mierda se cree este viejo culiao, vaya a darle consejos a los presos, cómo voy a estar mal en todo, pensé y pensé. ¿Está bendecido por una fuerza externa? ¿Poseído de una inteligencia suprema que le chorrea en la cabeza desde el más allá?

Ahí argüí en fracción de segundos mi paupérrima venganza: tenía que atacar a los fundamentos.

—¿Y de verdad podemos decir que Dios existe?

—Pero claro. Es tan evidente que pocos lo ven. Pero está claro que existe.

—A verlo entonces. Tráigamelo.

—No te lo puedo mostrar. Imposible. Si te lo muestro lo mato, porque Dios no es cosa, es causa.

—Perdone que se lo diga: para mí no es más que una mentira que se le impone a la gente para que sea dócil y obediente. Para nada más.

—¿Y una mentira creída no es acaso una verdad?

\*\*\*

Ya te voy a contar, hijo.

Hace ya veinticinco años, yo así aquí, en mi casa, y me invitaron a dar una clase. Fue un grupo de izquierda revolucionario el que me invitó, y yo bien, sin problemas, me levanté al otro día; hice un poema mientras desayunaba; repasé los libros, saqué algunas citas y no mucho más que eso, no quise preocuparme tanto aunque tenía mis aprensiones: es complicado hablarle a los comunistas de Dios, aunque hablemos el mismo lenguaje en cuanto a las prácticas sociales que nos gustaría que hubieran. Me quedé sentado aquí, y al minuto me toca la bocina un taxi: me vino a buscar un cabro igual al Che Guevara. Me dio mucha risa: le faltaba la pura boina. Me preguntó cómo estaba, le dije que bien. Le pregunté que para qué me querían ahí, que lo encontraba raro, que siempre me habían desplazado de esos lugares. No sabía. Era un chofer colaborador, pero no era parte del movimiento, según él. Yo ya encontraba todo súper raro, pero como no le tengo miedo a la muerte estaba tranquilo y confiando, con toda fe, en el prójimo. En el camino me pasó una carta que decía que se trataba de una charla acerca de las múltiples formas de concebir la revolución: que habían invitado a un economista, un sociólogo, un historiador. Usted es el filósofo, decía. Yo no sé de dónde sacaron eso: yo soy teólogo. Llegamos a la media hora a una puerta que daba a una casa con altillo.

—Toque ahí no más, curita. Le van a abrir al tiro.

Siempre toco cinco veces las puertas: tac, tac, tac, tac, tac. En esa puerta toqué una vez nomás y me abrieron rápido dos cabros jóvenes de pinta universitaria con la cara cubierta. Uno tenía una pistola y otro un fusil. Me entraron rápido y se sacaron

las capuchas. Cómo está, bien y usted, y todo eso en menos de diez segundos y el que tenía la pistola se la guardó, miró hacia afuera y cerró la puerta.

—Pase por ahí.

Entro, y había dos mesas pegadas y tres tipos sentados. Frente a las mesas unos treinta jóvenes entre hombres y mujeres que querían que habláramos de la revolución sentados donde podían dentro sala: unos en silla, otros en el suelo, arriba de otras mesas. Cada uno de los que estábamos en la mesa —el economista, el sociólogo, el historiador y yo— hablaría veinte minutos y después habría una ronda de preguntas y comentarios, dijo una joven que hizo de moderadora. Me dejaron al último. Los tres primeros hablaron y cada uno sacó aplausos. Era mi turno y les advertí: a mí me invitaron como filósofo, pero la verdad es que yo soy teólogo. Algunos se rieron bajito y los caché mirándose entre ellos. Y como soy teólogo, les voy a hablar del rol que cumple la divinidad en la revolución. Ahí estallaron en carcajadas y chiflidos. Un tipo me gritó del fondo “qué rol va a jugar Dios en la causa, caballero”. Uno muy importante: Dios es causa, les dije. Se rieron otra vez, más fuerte. La moderadora pidió respeto y silencio, pero igual se reía un poco. Les pregunté: qué entienden ustedes por “lo divino” —muy mala empezada. “Que no existe”, gritó otro. Otra vez con risas. Esperé a que pasaran. Les dije que debía haber empezado diferente, que si me permitían que les leyera un poema. Otro tipo al fondo me dijo “dele nomás, curita” secándose las lágrimas que le sacó la risa. Y se los leí: un poema que más pacato no podía ser. Te dijera las risas, no podían más. Hasta la moderadora se reía y se afirmaba la guata. Cuando se les pasó un poco la risa, me mantuve sereno, esperé pacientemente a que se

callaran y les dije “¿ustedes conocen al Che Guevara, o no? ¿No siguen sus lineamientos?”. Claro que sí, cómo no, por supuesto, hasta la victoria siempre, qué sé yo. ¿Y cómo no sabían que ese poema lo escribió él?

Ahí guardaron silencio y me escucharon.

\*\*\*

—Oh ¿y de qué les habló?

—¿Pero entendiste?

—Sí, sí. ¿De dónde sacó ese poema?

—No entendiste, era mío.

—¿Les mintió? Jajajaja.

—Sí, po. Jajajaja.

—¿Y le creyeron?

—¿No te dije que después de eso me dejaron hablar?

—Sí, es verdad. Yo le pregunto ahora... ¿A dónde va con eso?

—A que no importa si Dios existe o no en términos de verdad o mentira. Exista o no, opera. Existe en tanto práctica, material y activamente.

Dijo el teólogo y quedé absorto. Empecé a fabricar ejemplos de eso en mi cabeza para entender mejor a lo que se refería, pero no se me ocurrió ninguno en ese momento. Ahora —recién ahora— me parece —me parece recién ahora— que en todo cabe la mentira con tal de que la cosa opere. ¡La mentira es lo que le da vida a las cosas! ¿Qué nos diferencia a nosotros, los humanos, de los animales? Que nosotros mentimos. Nosotros le damos vida a las cosas que no la tienen, las transformamos, somos la

causa de todo movimiento, nosotros somos Dios y Dios es nosotros, cómo no lo vi antes. A veces pienso que si los movimientos de izquierda no fueran tan reacios a la mentira les iría mejor. Más vale elucubrar una dulce venganza, que intentar volcarse contra una mentira operando en todo su esplendor.

—No es que lo quiera echar, pero mañana tengo misa temprano. ¿Nos juntamos otro día?

—No se preocupe, otro día nos vemos.

Estaba medio pálido, me pareció muy viejito de repente —recuerdo ahora—, y se notaba que pasaba frío. Yo también tenía. Nos dimos un abrazo, y le sentí la espalda huesuda debajo de su camisa. Le dije que tuviera buena noche y me fui contento. Afuera me pillé a Juan Carlos en la esquina. Lloraba en el suelo con la parka del teólogo puesta. Le pregunté que qué le pasaba y me contó que los del taller mecánico le botaron su colchón cuando fue a pedir monedas a la avenida. Me acerqué y le dije que no llorara, que lo acompañaba a que buscáramos otro —no tenía nada de sueño y quería gastar la energía en algo. Me movió la cabeza en señal de que sí quería. Pero vamos a comprar primero. En la botillería me llevé un vino en caja y él me pidió un Manquehuito —cuando lo recibió me mostró sus negruzcos dientes— y el tipo que atendía en la botillería me miró con desaprobación.

Caminamos —y tomamos— hasta bastante tarde en la madrugada y no encontramos ningún colchón. Le dije que volviéramos. Una vez ahí, miré dentro del taller mecánico y tenían un auto desarmado y sin asientos y pensé que en algún lado, adentro, debían estar.

—Le tengo una cama, maestro.

Me subí por el árbol para pasar por sobre la pandereta y me tiré hacia dentro del taller. Para mi mala suerte, caí con la mano derecha sobre la caca de un perro. Me acordé que en el taller tenían un perro y me asusté. Levanté la vista y vi los ojos y las charchetas —con baba, mucha baba— del mastín brillando en la escasa luz. Aquí cagué, pensé. Pero no pasó nada. Los perros, mientras más grandes, más pavos. ¡Anda a echarte!, le grité despacito —sobrio hubiera corrido por mi vida— y se fue cabeza gacha a su casita. Justo al lado de la casita había una mesa donde estaban los asientos del auto. Tomé uno y lo dejé colgando de la pandereta —apenas pude de puntas y estirándome lo que más podía. Juan Carlos me gritó que lo tirara nomás, que él lo agarraba. Busqué en algún lado alguna silla o algo. Nada. Pero encontré una gata hidráulica y la accioné hasta que pudiera llegar al asiento y de un salto lo empujé. Juan Carlos lo atrapó. Después dejé la gata en el suelo y la puse pegada a la pandereta —si sostiene un auto, fijo me puede a mí, pensé— y me impulsé en ella hasta poder encaramarme, y vi a Juan Carlos en el suelo sacudiéndose la tierra —no sé para qué si de por sí ya estaba muy sucio y hediondo, pero bueno, debe ser una costumbre que mantiene de haber sido civilizado en tiempos pretéritos. Me saqué la chucha, dijo. Me reí mucho. Intenté subir el pie izquierdo sobre la pandereta y me costaba. Me agarré de una rama del árbol y me impulsé hacia arriba nuevamente, pasé el pie, me agarro firme, se quiebra la rama: me saqué la chucha también y me sacudí la tierra mientras me reía mucho: ahí descubrí las propiedades analgésicas del alcohol —Gracias. Ni usted ni el curita caminan pa' allá. Me voy a tener que ir. No me vayan a ver los del taller.

—¿A dónde va?

—No sé.

Dijo Juan Carlos y se fue con el asiento del auto en los brazos.

Mientras caminaba a mi casa decidí ir a la misa de las 11 de la mañana.

Me quedé dormido y cuando vi el reloj eran las 11:20. Estaba con la caña, así que me tomé un vaso de agua al seco con un par de analgésicos —al parecer cuando el alcohol deja de surtir efecto te castiga con todos los dolores que evitó en algún momento— pero fui igual, por último para quedarme a conversar después de misa con el teólogo. Camino hacia la parroquia —para llegar a la parroquia tenía que pasar por el lado de la casa del teólogo— vi que había mucha gente afuera de su casa. Me adentré entre los vecinos y vi una camioneta de los pacos y otra del Servicio Médico Legal. Pregunté qué había pasado y me dijeron que el teólogo había muerto. No llegó a la misa y lo vinimos a buscar: estaba en su cama como si durmiera. Lo subieron a la camioneta del Servicio en una bolsa y se fueron. La gente lo empezó a seguir a pie hasta la esquina cantando una canción: qué amable es tu casa, Señor del universo.

Los del taller mecánico no abrían los domingos, pero había ido el dueño a darle comida al perro. Yo me devolvía, impertérrito, a la casa, pensando en la conversación y el vino de anoche.

—¿Qué pasó, amigo?

Lo miré y su cara era de copucha.

—Se murió Juan Carlos. El indigente que vivía aquí. Se murió de frío.

—Pero si yo lo vi con parka ayer en la noche antes de irme.

—Se la tuvo que sacar para usarla de colchón y se murió. Me causó una insana satisfacción verle en la cara cómo se desmoronaba su buena conciencia. Más satisfacción me hubiera causado verle la cara cuando viera que le faltaba un asiento al auto que estaba arreglando. Pero me fui. Chao vecino, nos vemos.

Salí a la avenida a ver que no estuviera Juan Carlos. No estaba. Me quedé dos minutos mirando a los transeúntes y los autos yendo hacia la derecha. Crucé la calle hasta el otro lado, me di vuelta, e iban hacia donde mismo.

---

Isidora Bello  
***El comienzo***

No sé qué hora es, tampoco quiero saberlo. Solo sé que la luna brilla y los pájaros duermen. Miro al lado izquierdo de la cama. Nadie, como siempre. Me fijo en el reloj de la pared, son las tres de la mañana, qué bien, otra larga noche sin sueño.

Me siento en la cama y me pongo unos zapatos. Él, sentado en la silla, como siempre, observa. Solo observa.

—¿No tienes otra cosa que hacer? —le pregunto.

Él niega con la cabeza mientras juega con sus dedos de las manos. Es alto, de unos veinte y tantos, jeans negros ajustados, botas blancas con cordones amarillos, camisa de nirvana. La cabellera rubia le llega hasta los hombros. Sus ojos son penetrantes, de un azul intenso y su boca suave y rosa como un pastel.

Ruedo los ojos y me levanto, tomo mi chaleco de lana y me dirijo

a la entrada, a paso lento, silenciosa, nadie debe saber que estoy despierta, mucho menos a esta hora. Me amarro el chaleco y sigo mi marcha hacia la puerta, con mucho cuidado la abro. Al salir de la habitación encuentro una escalera y bajo despacio, sin realizar ni un pequeño ruido o sonido.

Me dirijo por un pasillo a la izquierda y llego a la cocina, entro y saludo al perro, Me mira medio dormido, con ojos entre cerrados. Luego bosteza y vuelve a dormir.

—Sigue durmiendo, cachorro —le susurro con una sonrisa.

Saco una taza del estante y una leche del refrigerador, los junto y les pongo a calentar en el microondas por un minuto y medio. Suena el pitido y rápidamente la saco. Tomo un sorbo y suspiro, me siento en la silla, cierro los ojos y mi mente divaga en un espacio en el cual ni yo puedo entender o explicar, todo es tan negro y extraño, con olor a tierra húmeda y a lluvia. Me quedo ahí por unos minutos y exhalo de forma dramática.

—¿La princesa tiene sueño? —pregunta sarcásticamente.

Nunca había tenido la oportunidad de hablar con él, y siendo sincera, no me dio miedo, lo vi como el amigo que nunca tuve.

—Cállate

—Uy, no sabía que estabas tan enojada, querida mía.

— No soy tuya

—Oh, sí que lo eres, y yo tuyo, por toda la vida —replica tomando un sorbo de su café.

—Nadie te dio eso —respondo enfadada.

—Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo, ¿no?

Río mientras vuelvo a exhalar y miro hacia el techo. Dios, ¿de dónde apareció él, cómo creta tomó la taza y se preparó ese

café? La verdadera pregunta es: ¿es acaso él una persona?

—¿Quién eres? – pregunto.

—Un nuevo amigo.

—¿Amigo?

— Sí

—¿Cómo te llamas?

No hubo respuesta

—¿Por qué tienes esos cortes en el cuello?

—Por la misma razón que tienes cortes en las muñecas —sonrió—. Vengo a salvarte Amanda, pero te advierto si me ignoras seré tu peor enemigo. Primera y última advertencia.

Alejé mi mirada de él y me concentré en la puerta que daba hacia el patio, las estrellas se ven hermosas y puedo notar cómo el viento mueve a los árboles.

—Mi nombre es Tomás —dijo mientras extendía la mano.

No dudo en estrecharla rápidamente luego de su prevención.

—Lindo nombre.

—Lo sé, es el de mi padre.

—¿Por qué estas acá?

—Ya te dije. Vengo a cuidarte, no tienes amigos así que vine a rescatarte de los tiempos malos.

Reí.

—No puedes ayudarme, ya tomé una decisión

—¿Cuál? ¿La de matarte? No exageres, te prometo que te ayudaré, seré tu fiel escudero, ¿qué te parece?

Suspiré mientras una lagrima caía de mi mejilla.

—¿Amanda?

—No eres real.

—Si me das el poder puedo ser lo más real que quieras.  
Las manillas daban las tres con cuarenta y ocho minutos.  
—Tenemos que dormir —le avisé.  
El guiño su ojo izquierdo y tomó lo que le sobraba de mi taza de leche, pero cuando miré, aún quedaba líquido.  
—¿Vamos? —preguntó mientras ofrecía tomarme la mano  
Pensé por unos minutos en tomarla o no, no sabía qué estaba pasando, si era un sueño, una pesadilla o simplemente tomé mucha leche por un día, fuera lo que fuera, me gustaba y no pensaba en descartar la oportunidad. La estiré y pude tocarla, como si de verdad él estuviera ahí. Caminamos por el pasillo hacia la escalera y al llegar a mi habitación nos acurrucamos para dormir.  
—Recuerda que, si necesitas algo, solo di mi nombre y estaré a tu lado, ¿vale?  
Asentí con la cabeza y pude sentir como su cuerpo desvanecía. Al menos no sería la última vez que lo vería.

.....

Benjamín Bravo Yusta  
*Luces*

Lo único que recordaba antes del poste de luz que resguardaba la entrada a la urgencia era su torso desnudo, de un rojo que le corroía hasta las entrañas. No recordaba si la sangre era suya, de la dueña del auto que acababa de robar o del carabinero con el que se agarró a balazos.  
Cuando entró a la posta, sus sentidos comenzaron a abandonarlo. Solo veía el parpadeo trémulo de la hilera de focos que

custodiaban el pasillo al pabellón. La lumbre pálida que despedían las ampolletas le recordó a su padre. El hombre, antes de regalarle un beso suave en la frente, lo mandaba a buscar los costales de harina que descansaban en la bodega de la panadería familiar. Creció entre esos túneles de harina, luz pálida y calor paterno.

Cuando la linterna fría que observaba sus pupilas chocó con su rostro, revivió la ida a la morgue para el reconocimiento del cuerpo de su padre. A pesar que tenía el rostro desfigurado y las manos incompletas, reconoció su mechón de pelo cano y liso que dormía sobre la nuca.

El foco grande del pabellón que invadió su cada vez más ausente vista, le hizo viajar cuando —con su madre y su hermano pequeño— recogieron, en medio de una noche espesa y un silencio que asfixiaba el llanto, los restos de la comida en la feria. En medio de la desnudez e impotencia en la que se ahogaban por el hambre, se prometió que a su familia nunca más le faltaría nada.

Al final, se encontró con una luz distinta. Su textura le resultó inédita; cálida, flébil y acogedora. Al principio lo encegueció completamente, pero se acomodó de manera astuta para comenzar a reconocer de dónde venía. Cuando logró ver recobró sus sentidos. Y lo primero que escuchó fue la voz de su padre.

### ***Un hombre de a pie***

Cuando nos sentábamos a la mesa siempre se aseguraba que todos tuviéramos comida. Preguntaba por nuestras familias y nos miraba como si fuese la primera vez que veía nuestras caras. Me

acuerdo que le gustaba andar descalzo, tomar hartos y el humor negro. Cuando estábamos un poco borrachos siempre colocaba una sandía con harina tostada, nos decía “¡Sírvanse!” y sacaba su libretita de poesía. Puta que tenía buena pluma el hombre. Nos hablaba desde política, la vida y hasta de sexo. Pero últimamente andaba más apagado. Tenía cara de preocupación, de agobiado. En el pueblo se sabía que lo andaban buscando, era muy bueno para agitar las cosas. La tía María nos decía que lo cuidáramos, que tenía un mal presentimiento. El día antes que se lo llevaran, me llamó y entre susurros me dijo que sabía que algo le iba a pasar. Me pidió que en su epitafio no le pusieran ningún apellido ni fecha, solo que pusieran “Jesús”.

.....

Iris Luna

***Raen***

Se cumplía una década de sequía, y yo celebraba mis 17 años. Mis hermanos mayores hicieron lo posible para que aquello pareciera una fiesta. Consiguieron verduras con la señorita Mirta, un par de berenjenas y unas cuantas hojas de acelga, y un bracerito para asarlas.

El padre de la señorita Mirta tenía un gran higüero que quedaba a un kilómetro de nuestro hogar. Era un árbol hermoso y gigante. Mis hermanos adoraban sus frutos y cada tanto iban a robar algunos. Ese día mi hermano mayor apareció con cinco, uno para cada uno. Estaba la cena lista, plato fuerte, postre y para beber teníamos la cuota de agua que nos daba el gobierno y que

cumplía estrictamente los requisitos diarios para asegurar la sobrevivencia.

Detestaba tanto esa agua turbia con sabor a cloro. Mis hermanos me decían que era lo mejor a lo que podíamos optar, pero yo recordaba el agua de una manera tan distinta. Mis mejores momentos siempre estuvieron relacionados con ella, o al menos hasta los siete años. Desde allí mis peores recuerdos también le pertenecían.

Los cinco estábamos emocionados por ese día. Los 17 años de mis hermanos no pudimos celebrarlos, porque los conflictos por el agua estaban en su peor momento. Pero ese día era distinto, los científicos pudieron al fin pronosticar una lluvia. Quedaban tres meses y todos estaban tranquilos, a la espera de ese milagro.

Ya nos habíamos resignado a tomar la cuota de agua de aquel día, sin más opciones que beberla de esa ridícula bolsa en la que era entregada, cuando uno de mis hermanos encontró la caja que buscábamos desde hace semanas. Allí estaban las copas de vino que usaban nuestros padres para ocasiones especiales. Ya no tenían la transparencia que recordaba, pero bastaban para tener una cena elegante como en las fotografías de aquellas revistas que conservábamos. Solo una de las copas tenía una pequeña fisura, pero como eran seis alcanzaban perfectamente una para cada uno.

Pusimos la cena en los grandes platos de greda personalizados que hacía tía Sara. El mío tenía una nube dibujada con cinco gotas de lluvia. Acomodamos las "berenjenas asadas sobre una cama de acelgas", como decían mis hermanos imitando la forma de hablar de los chefs que tanto daban gracia a papá.

Mi corazón no podía más de felicidad. Todos actuábamos replicando las posturas de esas viejas fotografías. Levantamos nuestro dedo meñique al sostener la copa, reímos cubriéndonos la boca vergonzosamente e incluso dejamos un pequeño trozo de berenjena en nuestros platos porque según nuestra madre era de buena educación. Reímos mucho aquella tarde, como no lo hacíamos en años. Recuerdo la cara de cada uno de mis hermanos, sus sonrisas, sus gestos, sus lágrimas.

No pudimos evitarlo. Recordamos muchas cosas, a nuestros padres y viajes a la laguna en el campo de los tíos. Las tardes que pasábamos sentados "pescando", aunque nunca logramos capturar nada. Los saltos desde la roca más alta, que al parecer tenía solo dos metros de altura, pero para nosotros era la más grande del mundo. Reímos con las historias que solo recordaban mis hermanos mayores y lloramos con las memorias entrecortadas que teníamos los más pequeños.

Y el agua, el agua siempre estuvo presente en esos recuerdos. En aquellos recuerdos no podíamos imaginar un mundo sin ella, era imposible. Así como en ese momento, en esa antigua casa de grada no podíamos imaginar un mundo cubierta de agua otra vez.

Las lágrimas cubrían nuestras mejillas mientras afuera la lluvia comenzaba a bañar nuestras ropas tendidas. Después de eso solo recuerdo el miedo y a mis hermanos gritando mi nombre: "¡Raen, Raen!", mientras la corriente los arrastraba.

Hoy cumpla 27 años y ha pasado una década desde ese maldito día. Vivimos en canoas sobre esta laguna que antes fue mi hogar. A lo lejos aún puedo ver la punta del higüero que me atrapó y sostuvo hasta que llegó el rescate.

Pablo Castillo Collao

**ID •**

El silencio es el residuo sonoro del Big Bang.

Luego de la tremenda implosión, el sonido retumba a través de los átomos de la materia y entra a nuestros oídos sin que nos percateemos, su eternidad lo normalizó hasta hacernos creer su inexistencia. Intentamos no escucharlo, pero está siempre ahí, en el fondo transparente del primer vaso en la mañana, en los patrones del techo mientras se concilia el sueño, en el roce de los neumáticos con la carretera, en las olas explosivas de un mar descontrolado por la luna llena. En esos lugares puedes, si lo intentas, escucharlo. Los leves sonidos de un grito cósmico emitido desde el principio de los tiempos, las últimas vibraciones del chasquido originario, aquello proveniente de algo superior. El silencio es un registro histórico con adhesión cósmica, de entenderlo, comprenderíamos de donde provenimos realmente, y es que esconde un secreto, uno atroz y revelador cuyo contenido generaría histeria en la especie y corrompería nuestras almas. El silencio guarda aquello que buscamos toda nuestra vida. El silencio es un invento, como la moral, como lo intrínseco y como Dios. Es inalcanzable, una simple teoría. Es aterrador y tortuoso, nos obliga a huir, a lanzarle bombas que lo opaquen, por eso lo contaminamos con brisas, mareas, gemidos, conversaciones y música.

Pero yo no lo hago, jamás lo opaco.

El silencio serpentea sobre mi canal auditivo susurrándome delirios y revelaciones varias, los cuales admito oír con culposo interés. Como la vez en que me insistía que los cerros de la palma

eran construcciones artificiales que en su interior tenían enormes computadores y kilométricos cableados trabajando 24/7 en la resolución de una ecuación antiquísima.

He llegado a teorizar que este residuo sonoro me habla cuando se le apetece, a veces estoy trabajando y escucho cómo intenta llamar mi atención desde el interior de las paredes de la oficina. Al principio siempre lo ignoro, lo cual significa que los decibeles de su vociferación irán aumentando hasta que sea demasiado insoportable y yo termine cediendo.

Hoy parece ser una mañana tranquila, no he escuchado nada desde que desperté. Mientras camino al paradero, me fijo en los hombres y mujeres que caminan junto a mí. Todos parecen estar muy convencidos de la importancia de sus roles en la sociedad, jamás he podido entender aquello, quizás porque el sonido maldito acusa de fútil cada acción que realizo, haciéndome incapaz de saborear las actividades en las que me inmiscuyo. Mientras espero mi transporte, veo un árbol con flores que me parece bello, lo cual me regala la primera secreción de serotonina del día. La plantación me recuerda al Yggdrasil, me imagino las raíces proyectándose hacia la profundidad del suelo y uniendo los distintos sectores de la ciudad. «Linda imagen», pienso para mí mismo. En ocasiones, el silencio insiste con vehemencia en la no existencia de algo que está frente a mis ojos o de alguien con quien puedo estar conversando en ese preciso instante.

A veces le creo.

La idea de que el árbol sea irreal comienza a deslizarse en mí. ¿Qué hace un árbol tan florido en medio del desierto? ¿Es sensato dejarme guiar por las interpretaciones sensoriales de mi mente? ¿Y si

ese árbol fue plantado hace años por un viajero en el tiempo con el objetivo de distraerme y dispararme en este preciso instante? Las palmas de mis manos pican, siento que comienzo a sudar y contemplo seriamente si arriesgarme a perder mi transporte e ir a tocar con mis propias manos al ser botánico. En medio de esta vorágine de pensamientos, noto que una mujer de edad avanzada camina con lentitud hacia mí con expresión de querer consultarme algo.

—Disculpe joven, ¿la 109 pasa por aquí? —me pregunta la señora, cuya vejez reposaba con ternura sobre sus expresiones amenas—. Llevo más de media hora esperándola y todavía no ha pasado.

—Sí —respondo con una velocidad que genera incomodidad en ambos—. Siempre se demora, pero ya debe estar por llegar. ¿A dónde va?

—Coviefi.

—Yo también. Le aviso cuando esté llegando.

—Muchísimas gracias, joven —concluye, con el alivio de quien se desprende de una tensión.

«No, gracias a usted», digo para mí mismo a la vez que la serenidad regresa a mi cuerpo. Así es como nuevamente gano otra batalla más de mi eterna guerra contra los residuos sonoros que habitan en mi cabeza. Después de todo, no es difícil deslucir al pensamiento con una conversación mundana.

Hay momentos en los que me pregunto si mi voto de no opacar el silencio es una maldición por algún crimen horrendo cometido en una vida pasada, otras veces soy positivo y reflexiono que el destino me encargó oír las verdades más profundas de la realidad, pero la mayoría de las veces simplemente soy realista: todos pueden escuchar el silencio. Y es que todos los seres humanos sobre la faz de esta tierra

tienen un asesino serial cometiendo barbaridades en la bóveda más profunda de sus encéfalos, un demente que les da ideas siniestras cuando ven el suelo desde el balcón de un último piso, un adicto que los hace sentir curiosos cuando están frente a una sustancia llamativa y un mal nacido que los impulsa a relacionarse sexual o afectivamente con quien saben que solo les traerá mal. Muchos sucumben a lo que dice y terminan formando sectas o efectuando actos que terminan en tragedias nacionales. Afortunadamente, la inmensa mayoría de la humanidad vive huyendo del silencio, evitan a como dé lugar dejar descansar sus mentes y verse enfrentados a los subproductos de sus encéfalos. ¿Cuánta gente estará a un silencio de transformarse en el siguiente genocida mundial?

### *Ius-Cortex*

Estuvo a punto de dejar de comunicarse con lenguaje de señas y decir verbalmente una réplica cargada de resentimiento; se detuvo gracias al pensamiento de lo doloroso que sería cargar para toda la vida con la ofensiva frase marcada en algún lugar aleatorio de su piel.

—Dilo —dijo la delgada joven, con un tono alto y severo.

El rostro del hombre pasó de enojado a herido, con los ojos llorosos repasó el cuerpo de la mujer esperando lo inevitable. Hasta que sucedió: la primera letra apareció justo en su pálido dedo anular: "dilo". El hombre contempló la palabra y pensó en cuanto se aguantó lo que quería decirle para así no inmortalizar un agrío momento, el hecho de que ella no fuese capaz de hacer lo mismo le hirió.

—Voy a caminar —le comunicó a través de lenguaje de señas, mientras se acercaba a la puerta de salida del departamento—. No me esperes.

—Dilo, cobarde —pronunció la mujer, justo después de que el hombre abriera la perilla—. ¿Tanto te intimidó?

La primera frase tardó medio minuto en estar escrita a lo largo de su hombro, la severa pregunta debió aparecer en algún lugar no visible del cuerpo, ya que no logró verla a simple vista. El aludido se quedó con la mano en la perilla y tras unos minutos de silencio, sin darse vuelta para siquiera mirarla a los ojos, lo dijo:

—Tantas críticas y llantos por tu madre, la verdad es que eres igual o más cruel que ella —dijo, pronunciando cada palabra con especial frialdad y acidez.

Ni siquiera volvió para ver la reacción que sus palabras tuvieron sobre ella y se largó del departamento. Entró al ascensor y mientras bajaba contempló su rostro en el espejo, se desabrochó los botones de su camisa y vio la frase recién dicha tatuada verticalmente desde su pecho hasta el inicio de su cuello. Ya fuera del edificio, caminó por la ciudad sin dirección. Se detuvo en un kiosko para comprar cigarros y mantuvo una breve conversación con el vendedor, el cual tenía la frase "Por favor, no te vayas hijo mío" marcada en su frente. Santiago estaba nublado y chispeaba, el dolido peatón caminaba fumando cigarros baratos y pensaba en cómo la ciudad era un simulacro del lugar en el que creció, tal como su relación era un simulacro de lo que alguna vez fue.

Entró al bar que solía frecuentar con sus amigos de universidad, estaba prácticamente en las mismas condiciones que en

aquellos años. Allí se tomó un schop de cerveza lager, el dorado brebaje pareció alivianar el dolor de una relación deteriorada. Miró a su izquierda y se percató de un macizo calvo cuyo cuerpo, además de músculos, estaba lleno de frases hostiles, insultos racistas y amenazas criminales. No pudo evitar mostrarse intimidado, lo cual fue percibido por el calvo.

—He pagado por mis actos y soy actualmente un hombre libre —dijo en voz alta el fornido extraño—. Pero entiendo la carita.

Se levantó y se acercó al hombre.

—No hay nada de qué preocuparse hombre, lo más peligroso aquí son las aceitunas verdes que te ofrecen para poder vender alcohol —dijo riendo.

El hombre estaba impresionado por cómo el calvo se llenaba de marcas su cuerpo para hablar con un mero extraño. Sin pronunciar palabra, le preguntó la razón al extraño.

—Cuando tienes el cuerpo lleno de barbaridades de las cuales te arrepientes, que todo el mundo ve y juzga, comienza a darte igual que cosas hay o no en la piel.

Aquella reflexión hizo que el hombre recordará aquella vez que, acostados en su primer departamento arrendado, la mujer le dijo que solo con él sentía la libertad de desnudarse sin ocultar las frases en su cuerpo. Pasado un momento, volvió a prestar atención.

—Más que darte igual, intentas no dejar que tu pasado defina quien eres. Busco llenar mi cuerpo de frases hasta que sean todas indistinguibles. Quizás haya pagado mi condena, pero no será hasta ese momento que me sentiré realmente libre.

La conversación continuó un par de horas, ambos estaban ya bastante borrachos y fue el calvo el que primero decidió partir. Se

abrazaron, se dieron la mano, el macizo sujeto se subió a su auto y partió. El hombre no puede evitar reparar en el hecho de que acababa de cometer un delito al manejar en estado de ebriedad. —Supongo que el pasado no define, pero explica —pensó para sí. Se sentó en la cuneta para esperar el taxi y contempló un charco de agua en el asfalto como si los secretos del espacio-tiempo estuviesen guardados allí, hasta que un recuerdo le inundó la psique: imágenes de su pareja riendo mientras bebía alcohol desde un vaso de plástico. Esto le trajo otro recuerdo, uno borroso, buscó por todo su cuerpo, se quitó capas de ropa, pensó en la posibilidad de estar ante una falsa memoria, pero lo encontró: “Te amo para toda la vida, blanquita”, leyó desde el costado de su abdomen. No pudo evitar soltar una sonrisa irónica.

.....

Tomás Benavente  
***Sobrevivientes***

Habían pasado tres meses desde que crucé la cordillera. En Mendoza podía respirar más tranquilo. Durante la caminata que hacía entre el hotel y la construcción donde conseguí trabajo, solía leer el diario y enterarme de las noticias que venían de Chile. A veces lo terminaba botando a la basura.

Ese día me encontré con una lectura diferente. En la recepción del hotel me entregaron una nota que decía: “Patricio, estoy en Mendoza. Francisco”. Tuve que leerla varias veces para convencerme de que no era falsa. Por un momento, cruzó por mi mente la posibilidad de una trampa, de un señuelo dejado para capturarme

y llevarme de vuelta a Chile. O quizás para matarme ahí mismo, en suelo ajeno. Pero algo había en esa nota, escrita con una letra apurada e infantil, que me hacía creer que Panchito había logrado escapar del mundo de los muertos.

En el trabajo no pude concentrarme. Pensé todo el rato en él. Lo conocí cuando daba clases en el Instituto y me habían ascendido recién a director. Panchito había sido expulsado hace poco de la Fuerza Aérea por meterse en una célula del Partido Radical. En el Instituto consiguió un puesto como administrador del casino. Todos los días, antes del almuerzo, solía aparecer en mi oficina para contarme las opciones de menú que tenían preparadas. A los amigos nos ofrecía un menú especial. Siempre se vestía elegante, de traje y corbata, y su manera de pararse delataba su pasado militar. Yo lo invitaba a tomar asiento y compartir un cigarrillo. Así terminamos entablando una amistad, pese a que teníamos posiciones que no siempre coincidían.

Tras el golpe, pasé unos meses ocultándome en casas de amigos y familiares, lo cual nos ponía a todos en peligro. Cuando entendí que no podía seguir así, empecé a planificar mi huida a Mendoza. Pocos días antes de partir vi a mi compadre Gonzalo por última vez. Había estado detenido en el Estadio con Panchito. Me contó lo que habían sufrido. El trato brutal de los milicos les había roto el alma. Panchito casi no hablaba. Se la pasaba sentado y llorando en un rincón. Gonzalo vio como los milicos lo llevaban a un camión con otros compañeros. Supo después que lo habían fusilado.

Pensaba en todo esto cuando salí de la construcción. Necesitaba despejarme. Vi la calle repleta de autos y gente caminando. Encendí

un cigarrillo y lo aspiré despacio. A mi lado se paró un vagabundo y me preguntó si le convidaba uno. No lo miré ni le respondí nada. Pasé unos minutos contemplando el sol que descendía.

Me di la vuelta para volver al hotel y me encontré de frente con el vagabundo. Temblaba de pies a cabeza, en Mendoza había empezado a hacer frío. Lo vi enderezarse de a poco hasta pararse derecho. Vi su traje manchado y la bolsa que llevaba colgando sobre su hombro. Extendió la mano hacía mí.

—Estimado señor: ¿qué le gustaría servirse hoy?

.....

Pablo Cartes  
*Temporal*

Pido permiso al montón de gente que está entre mí y la puerta de la micro, siento que el aliento me sapea.

Me bajo, abro la mochila y saco una de las latas que me traje de camino, porque se me calentó el hocico tomando con los cabros de la U; y también para dormir como guagua.

Está helada la noche, me mando el primer sorbo. Se ve poco, casi todos los focos están apagados, se me ocurre caminar mirando a la vereda para no sacarme la mierda.

Avanzo sus buenos metros —creo— y escucho un grito que me hace sacudir el brazo. Se me escapa un chorro de pilsen. ¡Pero qué chucha!

—¡Oiga, socio! ¿Tiene un puchito que me convide?

Una sombra sale de la nada, tiene un jockey y está abrigado hasta las cachas. ¡El Gitano!

Lo saludo ya más tranquilo, saco la cajetilla con los últimos dos cigarros. Le paso uno y me hace señas para que le preste el encendedor. Se lo presto y me dejo el otro pucho para mí.

—Tú erís el Cristián, ¿verdad?, el de los Retamales. No te había reconocido bien pero ahora te caché. ¿Cómo está tu taita? ¿Sigue poniéndole o no? Hace tiempo que no lo veo, me contaron que andaba dándose las de minero pal’ norte, Antofalopa como dicen, jajaja. Le explico que no me llamo así, que ese no es mi papá, que mi apellido es otro y le cuento dónde vivo. No me extraña igual, a pesar de que este me saluda cada vez que nos cruzamos en la calle.

—Ahhhh tú eris de ahí, donde vive el viejito.

Se me viene a la mente mi abuelo, me sorprende, porque le achunta, ¿será adivino este hueón? Aunque este pueblo apollao’ está lleno de viejos, casa por medio. Tomo un buen sorbo para acompañar el cigarro. Me mira con cara de perro nuevo.

—No quiero molestar, pero ¿te puedo pedir un traguito? Pa’ probarla nomás, es que se ve buena.

Abro la mochila de nuevo, saco una chela y se la entrego. Sonríe de oreja a oreja, se me acerca y me da las gracias tirándome un tufo avinagrado. Pienso en la cara de la gente que iba en la micro.

—Oooh, pero está como del polo sur. Con esta sí que voy a dormir piolita, porque anoche dormí como las hueas con el temporal.

Verdad que llovió toda la noche. Le cuento que sentía los truenos súper fuertes, que las paltas caían como piedras en el zinc y que pensaba que en cualquier momento se iban a mandar abajo los árboles.

—Noo, la cagó. Y eso no es ná, a mí se me voló hasta el techo con el viento, en la mañana vi un par de planchas tirás. Amaneció llena de goteras la rancho. Me carga este tiempo reculiao. Más

encima que con toda el agua que cayó pensé que se iba salir el río, estaba cagao de susto. ¿Tú dormiste algo?

Recuerdo que El Gitano se armó una casa al lado del río, con latones oxidados puestos como techo y paredes. Le doy la última piteada al cigarro y lo boto. Le digo que sí dormí. Sigo tomando la chela mientras lo escucho.

—Yo sí que no dormí nada. Trataba de quedarme dormido y de repente venía el viento maricón que golpeaba las planchas. No hallaba qué hacer pa' pegar pestaña. Me daba vuelta pa' un lado, me movía pal' otro, me tapaba la cabeza y no había caso.

Miro cómo hace las recreaciones de lo que va contando por un largo rato. Estira los brazos, da pasos hacia adelante y atrás, la-dea la cabeza. El cigarro siempre en la mano y la lata sin ninguna gota afuera. Le pregunto como talla si es que no tenía un pito para poder dormir mejor.

—Sí, sí, tenía unas hojitas guardadas y me las fumé pa' relajarme un poco. Pero seguía sin dormir. Me fumé como dos pitos y todo, después me eché una pajita a ver si funcionaba de algo y nada, socio.

Me cago de la risa. Le pregunto si es que está hablando en serio o me está agarrando pal' hueveo. Me dice que es verdad. Me callo un rato y trato de pensar en otra cosa mientras vuelvo a tomar un sorbo. Agito la lata y tanteo que se está acabando la pilsen.

El Gitano se toma lo que queda de su chela y tira la lata y la colilla. Revisa su casaca, se mete la mano al bolsillo y saca una botella de Kem Piña llena de vino y un cigarro suelto. Y no se supone que este huéon no tenía cigarros...

—¡Y se hizo la magia! Con este sí que caliente el buche. No por

nada me dicen “El Gitano”, tengo poderes mágicos.

No le dicen así por eso. Es porque tiene fama de andarse cagando a la gente. Una vez escuché que siempre pedía plata y no aparecía más, y que hace poco lo pillaron robando gallinas en varias casas. Pero le sigo el juego y le pregunto que desde cuándo le dicen así.

—No me acuerdo quién me puso ese apodo, pero fue hace caleta de tiempo. Lo que pasa es que me gustaba andar con joyas, anillos, cadenas y hueás. Y usaba las camisas abiertas, de estas pintosas sipo. Y ahí quedé por Gitano. A mí señora, bueno, ex señora, no le gustaba el sobrenombre eso sí. Salud por eso.

Si me mintió con lo del cigarro, menos voy a creerle esa hueá de las joyas. No he escuchado a nadie decir eso. Quiero agarrarlo yo pal’ hueveo ahora. Le pregunto si de casualidad conoce cómo hablan los gitanos.

—Obvio que sipo. Hasta te canto, mira: “alicha licha merembé tambarambí, merembé tambarambí, curanita sachitiii”.

Está entonando la canción de la teleserie que daban en el TVN. Se pone a bailar dando vueltas. Le digo que esa canción no se parece en nada a la de la teleserie, y que está puro chamullando.

Se me acaba la chela. Cuando me voy a despedir, El Gitano me ofrece una piteada de su cigarro. Lo pienso un rato, me acuerdo de las hueás que me contó delante y se me quitan las ganas. Chucha, pero no me queda ningún cigarro y estoy verde. Ya conchemimare, a cagar, algo que me toque cobrar después del engaño. Le pego una pura piteada y me despido.

—Nos vemos, Retamales. Saludos a tu taita.

Y le da con la hueá del Retamales. Lo miro hacia atrás mientras me hace gestos y se vuelve a empinar el vino.

Llego a la casa. Me tomo dos paracetamol para despertar bien. Me acuesto y pongo la pierna en el suelo para dormir anclado. Estoy por quedarme dormido y siento un golpe en el techo. Comienzan a caer las paltas. El viento sacude fuerte las ramas y empieza a llover torrencial. Esta noche volvió a desatarse el temporal.

.....

Ileana M. Cid

### *Un ángel para soñar*

Tomó como condenado, aspiró éxtasis hasta que sus órganos se sofocaron y el viaje astral lo condujo afuera de la cantina. Intentó recordar qué fue lo que le pasó, no podía abrir los ojos, con suerte podía mantenerlos abiertos y se dio cuenta que estaba tirado afuera de un restaurante chino, donde transitaba mucha gente.

Algunas personas se detuvieron para mirar al malnacido. Estaba con varios moretones en el rostro, además de un rasguño en la pierna derecha. Se rasco la herida y dijo que le ardía, que llamaran a un médico, pero los transeúntes avanzaban como si no existiera. En sus mentes pensaban en qué le dirían al jefe por llegar tarde a la oficina o que harían en la tarde con su amante. Algunas mujeres que vieron la escena lo miraban con rechazo. Hubo otras que se preguntaron cómo terminó así, luego volvieron a pensar en cómo estaban sus hijos en el colegio, si su marido llegaría temprano para prepararles el almuerzo y evitar el golpe.

Ahora quisiera recordar a Lucho. Hablé con él cuando estaba tirado de esa manera, como un perro. No tenía casa, desde los 14 años comenzó a fumar marihuana y así fue buscando más vicios para

ocultarse. No hablaba con sus padres desde que se fue, nadie lo quería y maldecía, según él, su existencia. Pensó que los de la pandilla lo cuidarían; muchas veces lo enviaban a hacer los encargos sucios. La vez que se fue preso ninguno de ellos lo fue a visitar, incluso, en el juicio lo culparon por ser el responsable, que ellos fueron peones en su plan. El mundo es solo un fragmento que juramos conocer; carecemos de lo que el mundo quiere para nosotros; la inocencia, así como la de Lucho, fue tanta que comprendió como es la crueldad de las personas, sobre todo las que están cerca.

Fui el único que conoció esa parte de su historia, la otra es la etiqueta de un delincuente sin futuro, aspiraciones o deseos. Tocaba mi mano rogando mi compañía y me relató los recuerdos de su infancia. Lo que más extrañaba eran las veces que se escapaba de su casa para ir al negocio de la esquina. Le hacía compañía a un viejito a quien adoro como el abuelo que nunca tuvo. Las personas dejan huellas de cualquier índole, algunas no son las que esperamos, nadie es perfecto. Nos enfocamos en mantener una imagen que no nos lastime y resulta sencillo que una máscara haga el resto por nosotros. No soy una persona perfecta, decía Lucho con la voz entrecortada, pero soy imperfecto y de eso se trata convivir en el caos de la vida.

Fue lo último que escuché pronunciar de sus labios secos cuando la bala volvió a atravesar su pecho seguido de dos más: una en su cabeza y la otra directo en el corazón.

Tenía las manos extendidas, la boca bañada en un rocío de sangre oscura y los ojos abiertos. Lo golpeó más de tres veces para ver si volvía, acarició el lunar de carne que tenía debajo de su ojo izquierdo. Lucho ahora es un ángel, un ángel de la soledad que todos sentimos.

Mientras que el joven que estaba al lado suyo continuó mirando cómo las personas avanzaban, los policías retiraron el cuerpo y él se abalanzó sobre uno de ellos, diciendo que era un excompañero de la pandilla en la que estuvo metido. Sacó un cuchillo amenazando al policía, pero bastó con el golpe de otro de ellos para que lo llevarán a la comisaría. Antes de irse limpiaron la escena del asesinato y al rato después, salió la dueña del restaurante como si nada hubiera pasado.

---

Verónica Salazar  
***Defensa personal***

No recordar la infancia es una (probable) respuesta al trauma. El cerebro, su infinita sabiduría, elimina los recuerdos dolorosos para proteger a la persona que habita. En el proceso, elimina también recuerdos de relleno: recuerdos felices, importantes o inútiles. Almacena todo eso en el caché, en la papelera de reciclaje: el inconsciente.

Estos recuerdos bloqueados, supuestamente, nos ayudan a evitar el sufrimiento, es un recurso inteligente que hemos desarrollado como especie (leo en internet) para tener una mejor vida. Sin embargo, la ausencia de esos recuerdos o la conciencia de la presencia del olvido, duele también. Una amnesia que no anestesias el área afectada, solo ignora la causa.

Hace poco fui consciente de esta pérdida (o huida) de los recuerdos infantiles. Mi cerebro, para sobrevivir, me oculta secretos. Ante esto, me pregunto: ¿quiero saber por qué mi cerebro

tomó esa decisión? ¿Quiero enfrentarme a esa infancia que, en este momento, no existe?

\*\*\*

Busco desesperadamente una migaja de luz en la oscuridad infinita, con las manos sueltas, esperando encontrar algo a lo que agarrarme, los pies inseguros golpeando el frío del piso, los ojos ciegos bien abiertos, incapaces de mirar nada. No sé qué alberga la oscuridad, ni quiero saberlo, supongo que eso es lo que me aterra: prefiero mirar a los ojos a un monstruo que permanecer con la incertidumbre. Conocía esta casa: he vivido aquí toda mi vida, pero aún con la certeza de conocer cada espacio, en este momento, todo se reducía al temor y la duda. Me paralizaba frente a una puerta inmensa, cerrada y callada, bañada en oscuridad. Mis manos se mueven solas al ritmo del corazón acelerado, los ojos nublados por unas lágrimas que no me permiten ver la oscuridad. Esa puerta me encerraba a mí en el mundo exterior, dejaba dentro de ella a la única persona que podía ayudarme: mamá.

Mis manos se golpean con fuerza contra aquel trozo de madera  
madera que se mantiene paralizada  
inmóvil  
la golpeo con ruidos secos empapados en sudor  
mis nudillos hinchados  
mi garganta arrastrando gritos  
mi corazón empujando mi pecho como si fuera la puerta.

\*\*\*

La disociación es una desconexión entre la mente de una persona y la realidad del momento presente. Según Alexandra, mi terapeuta, es un lugar al que vamos, cuando la realidad es incómoda, y el cerebro, otra vez, en su afán de defensa, crea para cobijarnos y alejarnos del mundo cruel. En ocasiones, me cuesta distinguir la memoria de la imaginación, pero la memoria no es de fiar, siempre tiene algo de imaginación o retazos de relleno que completa en vez de enfrentarse a la incertidumbre. La disociación favorece ese vínculo entre la imaginación y la memoria, ya que es un mundo donde pueden convivir y crear tanto como sea posible. La imaginación crea mientras la memoria proporciona los recursos con los cuales trabajar. Al parecer, mi cerebro se ha esforzado mucho por protegerme, pero, ¿de qué?

\*\*\*

Lo que creí que podía salvarme cada vez me abandonaba más. Por muchos golpes, gritos y palabras que vomité, mamá no abría la puerta, solo ella podía hacerlo. Tengo miedo, estoy sola, hay ruidos extraños y veo sombras: cada vez que dejo de gritar, todo a mi alrededor se mueve, gira, siento que las paredes me caen encima y con ellas, se me corta la respiración.

Hasta que

en un momento

reconozco su voz, calmada, tranquila:

—Cálmate que todo está bien. No hay nada que temer. Ve a dormir, a tu cuarto.

Todo a mi alrededor comienza a parecer irreal  
Mamá dice que todo está bien  
pero yo estoy ciega  
dice que no hay nada que temer  
pero  
¿Es esto miedo? ¿Rabia? ¿Tristeza?  
Estoy sola  
en medio de la nada  
pegada a un suelo frío  
con las manos adoloridas  
con los ojos ciegos  
con el corazón golpeándome  
el frío me pellizca la piel  
rodeada de un aire espeso que cada vez me cuesta más respirar

Mamá, ¿tengo miedo?

¿Me quedo sin aire o es el aire el que está escapando de mí?  
¿Tengo miedo o es mi madre la que tiene miedo? ¿Corro peligro yo, o la puerta golpeada, o mi madre? El monstruo que no puedo mirar, ¿Es él quien habla como mamá? ¿Es mamá el monstruo?  
Mamá dice que debería estar durmiendo... solo espero despertar pronto de la pesadilla.

Hurgar en la memoria requiere incisiones, agujeros y heridas que deben rasguñarse por dentro y extraer con la uña lo que contienen. En medio de la sangre se determina lo que hay, por muy manchado y deforme que esté, dejando la herida cada vez más expuesta y sensible. Cada vez hace más daño.

No se puede contener la hemorragia, eso implicaría retener algo y hay que expulsar todo, la hemorragia es un riesgo de hurgar en la memoria, desbordar lo que mantiene al corazón funcionando. La costra tarda en formarse y es débil. La piel sabe lo que le espera: revivir la herida, porque la uña se ve tentada a arrancar la costra, una y otra vez. El cuerpo, se arranca a sí mismo, para volver a hacer la costra, para volver a arrancarla: es su propio enemigo. Es como si se pudiera desprender el cuerpo del cuerpo. La costra, es el cuerpo muerto y el cuerpo vivo se reivindica en ese daño. No se puede separar al cuerpo del cuerpo, pero si la costra de la piel. La única forma de hurgar la herida es arrancando la costra. La única forma de hurgar en el cuerpo es arrancándolo. Algo así es esta lucha de la memoria con la memoria: el inconsciente, es la herida profunda que esconde algo que la uña necesita rasguñar. La costra es el olvido, que intenta proteger a la herida y lo que oculta, es esa muerte del cuerpo que se puede desechar para indagar dentro. La costra protege a la memoria de la exposición y del dolor, pero es la misma memoria la que constantemente arranca esa costra e intenta mirar dentro por mucho que duela, por mucha costra que deba gestar: la memoria se hace daño a sí misma, porque es consciente de su olvido.

Lo que intentó protegerme, en este momento, no es más que una costra muerta y débil, que arranco cada vez que puedo, aunque duela  
aunque se desborde todo lo que hay dentro  
aunque tenga que gestar una costra nueva  
y arrancarla de nuevo  
e inundarme en la hemorragia  
hasta respirar la sangre  
y que vuelva a ingresar al cuerpo  
mientras me quedo vacía  
pero  
¿Y si lo que ocultaba la herida estaba en la costra?

\*\*\*

Las fronteras que dividen a la imaginación y los recuerdos son débiles, se cruzan, se mezclan. No confío en mis propios registros, la pesadilla pudo ser tan real como el monstruo que habitaba en el cuarto de mamá. Intentar recomponer el rompecabezas de la memoria con las piezas tan desechas es una condena a sufrir, a dejar tantas costras como sea posible en el camino, hasta, ojalá, terminar algún día con esto, ya sea dejando que la herida sane con lo que sea que tiene dentro o producto de la hemorragia por hurgar tanto en la misma herida. Dejar que la herida sane requiere indiferencia y la tolerancia al olvido, habilidad que aún no logro desarrollar, sin embargo, arrancar la costra es un fetiche incontrolable, que me genera tanto placer como dolor.

¿De qué intento protegerme?  
Tal vez solo de mí.



# *Taller poesía*



Profesores: Lucas Costa  
y Paula Ilabaca



los amores

las faltas

el duelo

la respiración se desliza en bocas drenadas

masticar el aliento

saborear

sin morder aún nada

la saliva resbala en el dormir

descubriendo lunares secretos

y las canas

órgano sexual de los eunucos

mientras tiembles en el rápido movimiento del ojo

no mucho después  
mientras te ahorcaba

gemiste y terminaste

desplomada en mí

amanece  
y nadie en la ciudad  
conoce nuestro nombre

**2040**

¿en qué ocuparás el resto de tus días en la tierra?

qué horas me vendrán a despertar  
cuando tus palabras se alineen con las mías

lo posible siempre es más sencillo  
seguiremos siendo intérpretes de gestos comunes

exiliados que no conocieron su tierra

pasajeros entre trenes que parten  
y llegan en la noche

lo imposible  
es como el silencio

cuando me dices que no sé

no sé cómo ocuparé el resto de mis días en la tierra

que hay que saber estar lejos del asedio

porque la memoria  
la memoria es un pueblo en llamas

y mi añoranza

su poeta  
ebrio

repasando versos

Carlos Soto Muñoz  
***Obligado de cierta urgencia***

ves en el movimiento de la tierra  
la oportunidad de habitar  
el espacio entre las imágenes.

Estirar la mano  
la búsqueda de algo que te sostenga  
el vértigo y la gravedad sobre la espalda  
la forma que tiene el vacío  
de anunciarse.

El aire entremedio de la caída  
ofrece posibilidades que,  
con los pies en la tierra,  
son invisibles.

***Algo que se Recuerda al mirar los edificios***

Todo acto  
parte de su propio abandono  
— el borde de una orilla  
como forma de invocar  
la caída —  
Vivir  
si y sólo si

a través de ese ímpetu

Poner la piel  
allí  
donde puede  
desintegrarse de dolor.

### *Saberse parte del fuego*

Así como se atreve uno a balbucear,  
la tormenta de letras puesta allí en dispersión:  
un monumento a la fuerza de voluntad  
necesaria para levantar una estatua  
que puede caerse con la brisa más suave.

Saber que el tiempo sustituye los golpes  
y que la herramienta depende más de la mano  
dispuesta al roce que la puede quemar.

El peso del sol cae  
sobre todos los cuerpos,  
no sólo el tuyo.

## Danilo Miranda

Que mirar en tus ojos sea siempre el cauce que al mar encuentra, abrupto en su caída, calmo en su orfandad, puro y precipitado cuando calles. Que al heredar un mínimo de ti sean las mismas aguas que me encuentren. Que mirar en tus ojos sea estepa y sea bosque, trémulo a todos mis pesares, celeste a todo espacio que te guarde. Quédate en la humedad de la tierra y haz del valle sedimento, lava mi cuerpo con la sal de tus dolores y hazme contenedor del puerto tuyo. Que perderme en la palabra de tu lengua no me haga dependiente de un concepto construido, no me haga esbozar en el pavimento un imaginario que nunca encuentre. Y que el agua el aire la tierra el fuego el territorio la provincia la isla lleguen y te encuentren, te hablen de mí y me presenten como alguien que habla sobre el mar, para que me encuentres para que me tomes por consecuencia de la conjugación del verbo, la especulación espacial del cuerpo que alguna vez habitaste. Que tomarte por sorpresa sea colonizar todas tus aristas, sea edificar desde el cimiento etéreo las tonalidades del verso del argumento de la memoria del manifiesto,

de la vida que pedimos

a Mara Rita,  
etérea mar que baña el trópico  
de la palabra disidente

## *me pregunto tu existencia temporal*

me pregunto tu concepto de silencio  
/trópico mío/  
si será que te llevó descalza  
a labrar la tierra de otras almas bondadosas

me pregunto tanto calcio  
tanta savia derramada sobre tu cuerpo  
como si fueras quebrada  
contención de los dolores  
como si cada extremidad tuviera precio,  
vida mía            me pregunto  
cómo desborda la sangre al cerebro  
para creer que quieres desaparecer  
cómo atiesan los huesos al gesto  
cómo diluyen las aguas al tacto

me pregunto tanta disección  
tú que fuiste herida costra y cicatriz  
la profanación temprana de la carne,  
derrame de petróleo que te llevas  
incluso            a los cetáceos  
incluso            a las estepas

me pregunto tu existencia temporal  
me pregunto tu concepto de silencio  
/trópico mío/

si será que verso y prosa trascendieron  
los límites de un mundo que no fue digno de ti

---

Ana Mora Estrada

***me aprendo cada señal de mi piel***

cada pliegue que se dobla sobre sí mismo

me pregunto si las manchas me poblarán hacia adentro  
en mis riñones  
y mis venas

a veces cuando me muevo  
escucho como sueño yo

y presiento que dentro de mí habita un nido de polvo y  
ramitas que alguien dejó hace mucho tiempo atrás.

***en el tiempo que nos queda mírame despacio como  
quien mete sus pies en el agua***

nos hundimos sin respirar y recorres con tu dedo  
el horizonte imaginario de mi cuerpo

ahora somos planos  
una hoja de papel

te veo mirarme desde la puerta que se abre en tu pupila  
unos ojos que crecen como almendras  
un caleidoscopio que se desdobra  
como lo hacen las mariposas

me pierdo en el camino  
que encierran tus pestañas  
siento el sabor  
caluroso de tu boca

pienso en las palabras                      que me gusta que me digas  
cadera  
cadencia  
cabello  
cariño

abrázame con todo lo que puedas  
envuélveme como un capullo  
a una cuncuna

quiero al final abrir mis alas para sacudir el sudor y la saliva que  
quedaron dentro de mí.

Carolina L. Coria

***Aniversario***

Frases interminables  
una nota con números telefónicos  
aprendidos  
fechas de cumpleaños olvidadas  
otras que ya no existen  
un sabor conocido que se transforma  
en hastío  
texturas que la piel se sabe memoria  
lugares que existen por acuerdo mutuo  
recuerdos compartidos  
que se agotan  
marcapáginas en la mitad de libros  
ya leídos  
que citábamos en voz alta antes de dormir  
y versos dedicados boca a boca

manos que se ahogan en bolsillos  
imaginarios  
ojos que parecen buscar lluvia en el cielo  
con un atardecer despejado  
pasos marcados en el pavimento ya seco  
desnudez  
antinatural  
como un cuerpo extraño  
un parásito

vemos el atardecer en el mar  
quieto y tormentoso  
el viento no agita la arena

sin tocarnos  
como dos cuerpos sin vida  
tratando de ignorar el olor a descomposición  
la palidez  
y el frío.

***La hostia también la comen los gusanos***

I.

Me lanzo al río envuelta  
en una sábana de mil hilos ensangrentada  
con sangre que no es mía  
no es de nadie  
mis manos amarradas  
en una vuelta o dos de hilo de coser  
que até frente a un espejo  
meticulosamente frágil  
minuciosamente débil  
el aire resbalándose  
entre los dedos de mis pies  
la incertidumbre  
me recuerda a la última vez  
me hundo y floto

con un redoble de tambores imaginario.

II.

Creencias que entraron  
a punta de pistola y culpa.  
Rezos unísonos en voces de niños  
resuenan en el techo  
y en mí misma.  
Cantos deformados  
por un grito ahogado de fondo  
que nadie escucha.

Me dijo que me confesara  
le dije que no creía en Dios  
me dijo que no importaba.

Le conté.

Me aconsejó tres Padre Nuestro y dos Ave María.

.....

Jazmín Velásquez

***Escrituras sobre actividades del planeta***

Vivimos en la ciudad peluda  
de caminos aciruelados

Empieza – una taza de café servida

ventanales verde agua dan reflejo a otros ventanales  
se refracta el color de piletas que también son duchas y  
lavanderías

nidos escondidos entre techos  
bolsas volando como ángeles  
Hay personas  
ruidos — o silencio  
espaldas resistentes que se hundan  
cobijadas  
bajo la primera capa de pasto sintético  
de la plaza

..

Para hacer bailar una marioneta  
tira de hilos

en la orilla del paseo

su genio del jazz  
acaparando miradas

ojos de cámara de video

ahí:

estrella brillante  
en cielos de noche negro azulada

Deep blue

{{ Según las variaciones del medio

continúa el paso }}

....

Granos  
en la imagen  
islas de nieve miniatura  
glaciares fracturándose  
en centenares — cristales de hielo

explotan

revelando secretos congelados  
emergen a la superficie

por la vuelta {la otra}

Clarividente del tarot  
poseedora de artilugios  
dentro una carpa de vibras  
encuentra augurios del más allá

a las lluvias que se avecinan  
desde el sur

afuera hay montículos  
formados por finas partículas de piedra  
que entran al lagrimal — adheridas  
se sueltan con el soplo de sus labios

La naturaleza del arte  
en sí  
las obras terrestres  
que se definen como land art  
.....

Donde mascaba cáscaras de coco  
corría brisa agridulce  
de fruta podrida

Flashback del primer mensaje  
tallado en una placa pictográfica

escaldada  
A la plenitud de sopas calientes  
—dejó de ser una escena herida —

Por incontada vez  
cepillo mis colmillos puntiagudos

// y           atravieso el paisaje

hacia un ecosistema

abundado de espejismos y //

gravedad

...



